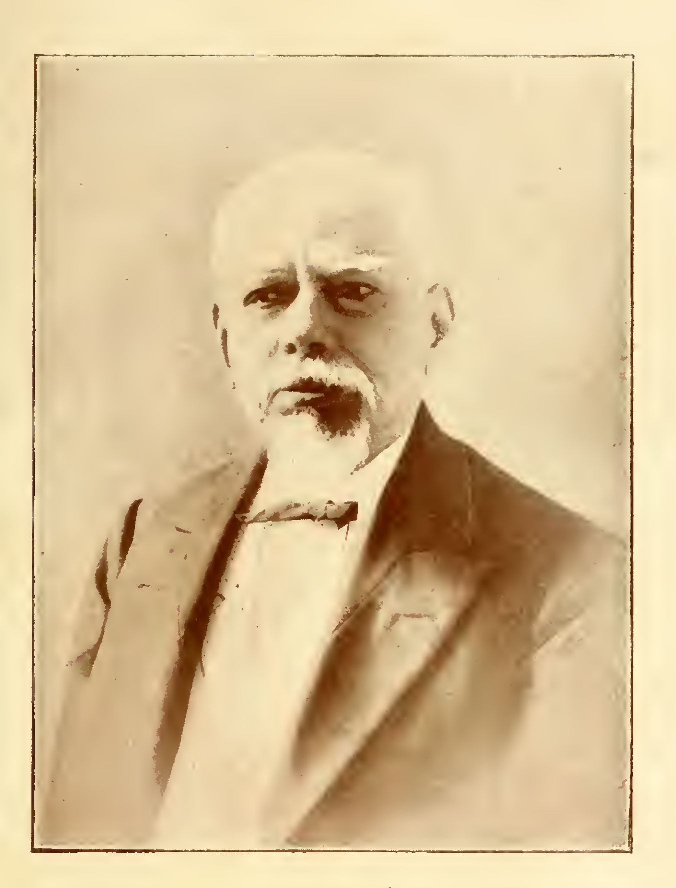

Vargas Vila
La muerte del Cóndor

LA MUERTE DEL CÓNDOR



Eloy Alfaro

VARGAS VILA

LA MUERTE DEL CÓNDOR

Del POEMA • De la TRAGEDIA • Y de la HISTORIA

1914



CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Mallorca, núm. 166. — BARCELONA

BUENOS AIRES, Maucci Hermanos, Sarmiento, 1057 al 1065

(Compuesto en máquina «Typograph»)



Ese pueblo ha hecho
prisionera la Noche y,
se refugia en ella...
¿hasta, cuándo?

*

Debería escribir un Poema;

y, héme aquí, obligado, a diluirlo, en las frías ondas de la Historia;

el Poema, es el refugio natural del Héroe;

como el cielo, es el refugio natural de un dios;

los dioses y los héroes, entraban todos, en los cielos incendiados de los Poemas antiguos;

la Historia, es un cielo inferior, en el cual, el Héroe, entra, despojado del prestigio sobre-natural, que hace su gloria;

una mesuración a lo Berthelot;

la antropometría, aplicada a Aquiles...

el Héroe, saliendo del Poema, y, entrando en la Historia, se evade de los cielos para entrar en una prisión;

la Historia, es humana, y, humaniza, a ese producto, cuasi ultra-humano, que es: un HÉROE AUTÉNTICO;

HÉROE AUTÉNTICO, *quiere decir:* HOMBRE DE LIBERTAD;

porque fuera de la Libertad, o, contra la Libertad, no hay heroísmo posible;

y, el Grande Hombre, cuya sombra, evoco en estas páginas, era, la representación completa del Héroe, en la más vasta y, más pura acepción de la palabra;

el Héroe de la Espada;

el Héroe de la Idea;

Libertador;

Soldado;

y,

Soñador;

*

Desvirtuaría mi libro, si lo explicara aquí;

la Vida del Héroe que yo, relato, viola los horizontes de la Historia, que le son estrechos, y, se desborda sobre los mirajes desmesurados de la Leyenda, para perderse en ellos;

el Heroísmo de una hora, que es el Heroísmo de las batallas, es pequeño ante el Heroísmo de una Vida, que es, el Heroísmo continuado y, tenaz en todos los campos de la Acción, hasta en el campo amorfo y, brumoso de la Idea;

ese fué el Heroísmo de Eloy Alfaro, *heroísmo de guerrero y Conductor, que hizo de su Vida, una como mar agitada y rumorosa, sobre la cual vibraron y, se retrataron todas las tempestades de los cielos obscuros de su época;*

la Epopeya Alfárida, será cantada algún día, con toda la orquestación lírica, que pide esta Marcha Triunfal de un Pueblo hacia la Libertad;

este libro, es, apenas, un canto del Poema;

aëdas de la Democracia, homerizarán un día, la gran figura central, de esta Iliada, que terminó tan brutalmente en los trágicos campos del Egido;

*

Al publicar este libro, sé que hago una obra de Justicia Histórica;

y, sé también, que hago una limosna, a todos los charlatanes foraminados de los bajos fondos de la prensa;

lo doy en alimento, a esos cazadores de mendrugos, que vegetan en las caballerizas oficiales; libelistas de burdo pelaje, saturados de la más oprobiosa bestialidad;

desde que se anunció la aparición de este libro, periodistas de merodeo, y, gacetilleros, de alquiler,—aquende y allende el Mar— se apresuraron a ofrecer, al Gran Asesino, que impera en Quito, ese instrumente de tortura del Honor, que ellos llaman, su pluma, para defenderlo, contra mí;

algunos de ellos, están aún, en espera de esta aparición, para sacar su vientre de mal año;

arrojo este libro, a la mendicidad rastrera de esas almas, y, soy, feliz, de que con las glorias de Alfaro, y, las prosas mías, puedan aliviar por un momento, la lastimosa miseria, a que su ineptitud venal los condena, a pesar de su clamorosa corrupción;

y, lo doy también, como un alivio, a la envidia insatisfecha de ciertos condotieres del dicterio, que

después de haber deshonrado la servidumbre con sus bajezas, deshonran la proscripción con su cinismo;

¡caracoles náufragos de los mares del servilismo, que ensucian con el limo de su presencia, la roca áspera y, sagrada del Destierro, en la cual algunas águilas vencidas posan el vuelo, cuyas garras aspiran ellos a mancillar con su baba licenciosa!

es una alba, para estos merodeadores del renombre, la aparición de este libro;

enfrentándose con él, creen enfrentarse conmigo, esos colilleros de la celebridad;

vano empeño;

su prosa mendicante y, claudicante, hecha de harapos y, de lodo, está condenada de antemano, a sufrir la derrota de mi desprecio;

eso, lo saben ellos;

y, seguros de esa inmunidad, ofrecen su venalidad sin peligros, el Gobierno Asesino, que no tiene tiempo de escoger los genízaros de su guardia;

y, el Gobierno del Ecuador, pagará el fiemo de esos zorros pávidos, para abonar con él, la GLORIA, *de Leonidas Plaza, como ensució con él, los laureles que crecen en la tumba de Eloy Alfaro;*

inútil oro;

inútil fiemo;

nada podrán los viles centuriones de la Tiranía. contra la gloria tan pura que se alza de las páginas de este libro;

los fragmentos de la lanza de Longinos, rotos contra el corazón del Martír, no podrán nada contra su memoria, que se alza del fondo de su tumba, como la llama, de las entrañas de un volcán: colérica hacia el cielo;

*

Pero;

hay en el mundo algo más que esos pingüinos de alquiler, estipendiados para insultar la Gloria, con el pretexto de insultar el Genio;

aun hay almas heroicas, que aman las cosas del heroísmo;

aun hay almas enamoradas de la Gloria, que aman los hombres y las acciones gloriosas;

a ellas ofrezco este libro;

sonoro, como un cielo en borrasca;

como un grito agudo de alciones;

sobre el Mar...

*

No todos los pámpanos del Heroísmo, se han secado;

aun hay vides próvidas;

y, almas sedientas de su jugo, que se embriagan de ellas;

no todas las galeras del Honor han naufragado, en ciertas latitudes;

aun van algunas, sobre los mares solitarios de la Justicia;

lanzando gritos desesperados;

prontas a anclar en las costas de la Verdad;

sobre un estuario de luz...

Mi libro, es una de ellas...

VARGAS VILA

París-Marzo-1914.



I

Era en Mil Ochocientos Noventa y Cuatro;

yo, acababa de fundar mi Revista literaria y política, «Hispano América», en New York;

era una bella época de mi vida, porque era aquella en que el Sol del Entusiasmo, la iluminaba en todo su esplendor;

época heróica porque aún era una época de Fé para mi corazón;

de Fé, en los hombres;

de Fé, en los pueblos;

de Fé, en los destinos de aquellas democracias semibárbaras, que no han logrado

salir del Imperio de la Selva, sino para caer vergonzosamente en el Imperio de la Servidumbre;

todo el candor de mi Vida estaba en flor;

me esforzaba por canalizar mi entusiasmo, que desbordaba sobre riberas planas, florecidas de quimeras;

turbado ante el espectáculo del mundo americano, sujeto al horror de los más bajos despotismos, yo, lo consideraba entonces, indigno de sus cadenas, y, aspiraba á hacer de mi Verbo, una llama que fundiera esas cadenas, un soplo, que diera alas a las almas, para alzarse hacia los cielos libres, rompiendo con su esfuerzo el techo tenebroso de la Ergastula;

la amargura exulante que inspiraba mis apóstrofes de entonces, no se ha calmado aún, pero, mis ilusiones sobre las virtudes cívicas, y, el alma guerrera de esos pue-

blos, han muerto, dejando lugar, á una melancolía heroica, de gladiador vencido, que antes de morir, vuelve sus ojos á la imágen de la Deidad, muda é inmóvil, á cuyo culto consagró su vida, y, por cuya causa muere, entre dolores que no sabrán los hombres;

la crueldad espléndida del Destino, quitándome todas las ilusiones, ha dejado en pie, mis dos grandes pasiones: el amor desbordante á la Justicia, y, el valor, sin trepidaciones, para defenderla...

valor, qué ayer, sirvió para honrar mi vida, y, qué hoy, sirve para consolarla;

sin ese valor, ¿cómo mis ojos contemplarían indiferentes, tantas ruinas acumuladas sobre el desierto de mi corazón?

alzarse más alto que su derrota, ¿no es una forma también de la Victoria?

¿no habéis visto la de Samotrasea, que mutilada de la cabeza y de los brazos, tien-

de aún sus alas enormes, como abiertas para un vuelo eterno?

ser superiores al Destino que nos rompe; más nobles que la mano que nos mata; ese es el último deber de nuestro Orgullo, la última revancha contra la Fatalidad, esa palabra, obscura, inexorable, que guarda el secreto de la Vida, y la domina;

rota el ala frenética de mis sueños; domada la curvatura heroica de sus dorsos de leones; ¿por qué salgo de mi Soledad á nuevas batallas?

yo; que no cortejo la Victoria, y, no creo en ella?

¿por qué me empeño en combatir, yo, que desdeño el Triunfo; yo, que con mis manos inmovilizadoras por el Desdén, no me digno tenderlas hacia el laurel futuro, y, arrastro mi planta indiferente por sobre todos los laureles que se arrojaron á mi paso?

¿por qué vuelvo la espalda al crepúsculo gris de mi reposo, y salgo de él, y, entro en la lid sonora?

¿por qué no junto mis manos fatigadas, y, las pongo bajo mis mejillas inertes, sirviéndoles de almohada, y, me tiendo en tierra, sobre el suelo desnudo, y, cierro los ojos para siempre, durmiéndome en el sueño de la Muerte, arrancado al furor de las potencias inferiores de la Vida, que tanto me han martirizado?

porque aún queda la Justicia, por defender;

porque aún queda un Gran Crimen, por castigar;

porque aún hay una Verdad Heroica, por decir;

porque aún hay asesinos inmunes que arrastrar hasta el Pretorio;

porque aún hay, Césares inferiores, que empujar á las gemonías;

he ahí, por qué, aparto mis ojos de las tristezas obsesionantes de la Vida;

y, entro de lleno en el Imperio tumultuoso de la Historia;

ella me llama.

II

El espectáculo de aquella América de entonces, aunque era menos vil, no era muy distinto del de ésta nuestra América de hoy;

la Tiranía, ese Monstruo, que Apolonio de Tyana, creía inverosímil, desembarcando en la Capital del Mundo, para verlo, imperaba del uno al otro extremo del Continente, como un producto nacido de la putrefacción de nuestras selvas;

las tribus, afoetadas ó devoradas por él, llenaban con sus lamentos, el espantoso Abismo, crucificadas entre el Cielo y la Tierra, como entre dos infinitos sin Misericordia;

las alas pavorosas de los buitres, les hacían cortejo, mientras los cóndores vencidos, presenciaban desde las cimas desoladas, aquella devoración de entrañas;

y, las cimas chorreaban sangre;

se diría las lágrimas de las rocas, cuyo corazón era más tierno que el de la Tiranía, que devoraba aquellas turbas confusas, con aspecto de naciones;

la voz, de los justos en oración, y, la de los mártires en el patíbulo, sonaban bajo el cielo inclemente, sin desarmar el Hado enfurecido;

campos desnudos de Gloria;

cielos, desnudos de Piedad;

praderas en Desolación;

y, tierras de Exterminio;

un festín de fieras bajo las estrellas coléricas, que les negaban su luz;

. . . .

. . . .

ved qué desfile de tigres en la selva tenebrosa;

Porfirio Díaz, repleto de sangre y de oro, dominaba, omnipotente, en México, acurrucado sobre el cadáver de ese pueblo, que devoraba, en un silencio inviolable, entre el Espanto y la Muerte, que eran las dos deidades de su Imperio;

nada turbaba el festín de la Puma Azteca, cuyo sólo pestañeo, bastaba para hacer huir despavoridos, los cóndores de Tucumán, que habían visto el Reinado de Moctesuma, y, suspiraban por él, como por un regreso hacia la Libertad, y hacia la Civilización;

la suerte, que me ha reservado la contemplación de los acontecimientos más bochornosos de mi tiempo, me reservaba, la de ver en Europa, años después, á esta bestia carnicera, que de su Poder no conservaba sino las garras, entrar y salir á los Palacios de

los Reyes, con sus manos tintas en sangre de uno de ellos, saludado por muchedumbres ignorantes, que no sabían el cortejo de crímenes que arrastraba, en pos de sí, aquella mómia destronada, que exhalaba ya el hedor insoportable de un cadáver insepulto;

bien, es cierto que cuando Porfirio Díaz, recibía esos *honores*, ya los habían recibido, antes que él, Cipriano Castro y Rafael Reyes, (*) especímenes ínfimos, de esa fauna de Oprobio;

¿qué residuo de Honor podía ya quedar en esos *honores*?

yo, ví pasar el cortejo de esos tigres en destierro, y desde mi soledad, altiva y gloriosa, tuve el derecho de despreciarlos;

y, los desprecié...

se dijo, que yo, insultaba su desgracia;

y, ¿no insulté su Poder?

sólo yo, tenía el derecho de hacerlo;

(*) Coccobolo,

porque yo había sido ante ellos, eso que ellos detestaron más: un Hombre Libre;

libre, de todas las formas de su conquista; de la del hierro, y de la del oro;

mis manos, podían lapidarlos, porque mis manos habían permanecido puras frente á ellos;

yo, no llevaba las huellas de sus cadenas, ni las de sus monedas;

¿qué manos más inmaculadas que las mías, para azotar en el destierro, las espaldas de esos dictadores prófugos, á quienes había azotado en el Poder?

yo, que no había callado ante su Omnipotencia Vencedora, ¿por qué iba á callar ante su Crimen Vencido;

ha sido la única victoria que me ha reservado el Destino: ver caer, uno á uno, todos los tiranos que he herido con mi pluma;

ellos, eran mi presa;

¿cuál de ellos, no me debe una parte de su caída?

uno á uno, han desfilado ante la roca de mi destierro, todos esos tiranos fugitivos;

pasó ANDUEZA PALACIO, el cerdo trágico, y, fué, á hozar en el Exilio, como había hozado en el Poder, los detritus asquerosos de la crápula;

él, que me había proscripto, y, había hecho aplaudir mi proscripción por un serrallo de eunucos, proscripto fué á su turno, y fué á deshonrar con su destierro, las mismas playas que yo honraba con el mío;

murió RAFAEL NÚÑEZ, cuyos sicarios pusieron á precio mi cabeza adolecente, en 1885;

murió trágicamente;

silenciosamente;

murió víctima de las mismas manos que lo habían encadenado;

cayó herido, por los sacerdotes, cuyos ídolos había colocado en el altar;

cayó GUZMÁN BLANCO, que me había hecho internar, y, había roto en mis manos las hojas de mi periódico, «La Federación», para hacer placer á la tiranía gemela, que se alzaba más allá del Tachira, envolviendo los dos pueblos en el sudario del mismo Silencio, del cual parecen destinados á no salir jamás;

¿fué que esos dos déspotas se llevaron con ellos á la tumba, la lengua de esos dos pueblos?

yo, ví después, á Guzmán Blanco, aquí, en París, arrastrándose valetudinario hacia la Muerte, sin otro cortejo que su vanidad vencida, y, la montaña de sus millones, que hacía un halo ocre, sobre su palacio de César decrépito y exule;

pasó *Coccobolo,* destronado por su propio

miedo, fugitivo de su Crimen, añadiendo á todos sus delitos el de la Cobardía, que parece ser una virtud militar en Colombia, desde que entre los genízaros de la Regeneración, no hubo uno sólo, que desnudara su espada, para defender su pátria desgarrada por el yanki;

las manos de esos pretorianos, si empuñaron algún oro, no fué por cierto: *el del puño de la espada;*

sí;

pasó Coccobolo, el jefe de esos pretorianos sin valor, y, yo, lo veo aquí, á poca distancia de esta mansión de mi dolor, que pronto será sagrada por treinta años de destierro, tanto más glorioso, cuanto más voluntario quieran hacerlo aparecer las Dictaduras, que no han fingido abrirme sus brazos, sino para extrangularme en ellos, deseosas de apagar el grito formidable;

pasó ese tirano, que no pudiendo proscri-

birme á mí, proscribió mis libros y mis periódicos, y, quiso proscribir hasta mi nombre, encarcelando á aquel que osaba escribirlo, resuelto, según dijo él, á no dejar *vargasvilear* á nadie, en los vastos límites de su Imperio;

pasó;

y, yace aquí, cerca á mi tristeza de proscripto, que no pudo vencer; yace ahito de millones, cerca á mi pobreza honrada de Escritor, que no pudo comprar;

yo, lo he visto de lejos, rastacuero avaro, atáxico incurable, herido de megalomanía senil, cultivar la venalidad de poetas en ruinas, y de gacetilleros parisienses, repugnantes de depravación, mendigando un aplauso de aquellas plumas, de las cuales, un hombre honrado, no pagaría, sino el insulto;

yo, ví una noche, en un Gran Restaurant, á este tigre paralítico, sentar á su mesa, para cortejarlos, en la esperanza de ser cortejado

por ellos, á un poeta trashumante, y á un cronista pecuario de diarios clericales, cuyos elogios quería comprar;

ví aquel esqueleto de fiera, ya herido por la muerte, y, me pareció, que la gardenia que tenía en el ojal del *smoking* se hacía lentamente roja, de un rojo vivác, rojo de sangre;

¿era la sangre de los indios del Putumayo asesinados por su mano, en el riñón de la selva?

¿era la sangre de los vencidos de Encizo, degollados por su orden?

¿se había convertido la gardenia, en un pedazo de la lengua de Prestán, ahorcado en Colón, por un pacto de su ferocidad inepta y cobarde?

¿era sangre de los asesinados en Barrocolorado por un decreto de su miedo, decrépito y cerval?

en el tropel de asesinatos que forma la vida de aquel hombre, ¿quién podrá saber nunca, de dónde viene la sangre, que empurpura sus manos y su frente?

apartemos los ojos con horror, de aquel Emperador del Caquetá;

pasó CIPRIANO CASTRO, ridículo y pestilente, paseando con isolencia su úlcera tiberiana, y sus gestos de antropoide;

su fealdad cínica, ahogó la piedad, que su enfermedad asquerosa debía inspirar;

el Imperio de la Carcajada fué su Imperio, en Europa;

y, reinó en él, como Soberano;

el Café Concierto, lo devoró;

desapareció, tragado por el abismo de la risa;

con las últimas caricaturas, se borraron sus últimas huellas;

y, hoy, nadie sabe si Cipriano existe;

¿vive, aún?

en política, de todo, hasta de la infamia, puede resucitarse;

del Ridículo, no se resucita jamás;

la Muerte, misma, tiene miedo, de acercarse á ese abismo donde no se oye sino reir...

¿qué se ha hecho aquel Philoctetes, desterrado con su lepra, sobre la Isla del Ridículo?

¿qué se ha hecho?...

III

De esos tiranos que he nombrado, unos, reinaban, los otros, iban á reinar, sobre la escena que describo;

sus antecesores imperaban;

¿he de nombrarlos, ahora que no son ya, sino ruinas de ruinas, acumuladas sobre el polvo de la tierra?

¿evocaré su pequeñez, del fondo del Abismo de la Eternidad, en que han caído?

muertos inánimes, devorados por los gusanos, ¿qué queda de su misérrima grandeza de una hora?... ¿qué de la lluvia de crímenes con que asombraron un día los pueblos y la Historia?

la selva estupefacta, no repite ya, el nom-

bre de esos dominadores de un momento, nacidos del corazón de su barbarie;

¿las alas del Aquilón, bajado de las montañas de la Historia, ha de aventar estas cenizas que una lluvia de sangre hace pesadas, bituminosas, en la doble podredumbre de su nombre y de su crimen?

¿he de evocar para juzgarlos, ante el Tribunal de la Posteridad, esos huesos dispersos, que los pájaros de presa y las bestias de los bosques, no se habrían dignado devorar?

¿he de nombrar esos fantasmas de hombres, que reinaban sobre esos fantasmas de pueblos, en aquella hora de desolación?

la sensación del disgusto, más que el calofrío del espanto, me viene, al evocarlos;

fueron tan ignominiosamente pequeños, que uno se pregunta, cómo pudieron hacer tamaño ultraje á la Libertad, con sus antenas de insectos;

un coleóptero lírico, venenoso y cruel, voloteando en torno á los cirios del Sagrario, reinaba sobre Colombia;

RAFAEL NÚÑEZ, desde el lecho de su querida, sembraba la muerte y la desolación, por manos de sus tenientes, tahures ó académicos, ébrios de vino y de latín;

Carlos Holguín, no dejaba de firmar decretos contra la Libertad, sino para hacer correr el oro del Erario Nacional, sobre el tapete verde, mientras, Miguel Antonio Caro, no dejaba de firmar Sentencias de Muerte, sino para comentar á Virgilio, bajo las vides ópimas de Horacio;

el fundador de ese bandidaje clásico, que había de terminar por la venta de la Patria, en manos de José Manuel Marroquín, el cacógrafo gozoso y venal, se extinguía melancólicamente en el «Cabrero», nombre simbólico que obligaba á mirar con malicia, á

su frente de poeta, en la cual lucía, entre otras cosas, un diminuto ramo de laurel;

otro poeta, inferior, un Cordero, con corazón de lobo, no balaba, sino aullaba baladas á la Virgen, al pie del Pichincha, haciendo himnos á la bandera ecuatoriana, esperando la hora de venderla, izándola sobre los buques del Mikado;

ese Cordero, enamorado del Sol Levante, y, José Plaacido Caamaño, plácido y mañoso, roían á la sombra del volcán, el esqueleto del pueblo, que García Moreno y Ventimilla, habían dejado en herencia á su ineptitud cobarde y voraz;

Domingo Vázquez, dominaba con su talla de jaguar las selvas hondureñas;

los Ezetas, esos hermanos siameses, del Exterminio y de la Muerte, ofrecían al mundo, desde los campos feraces del Salvador, el espectáculo de su infame Osadía, coronada por el Exito;

Ulises Hereaux, heredero directo del Arzobispo Meriño, aquella pantera mitrada, cuya capa pluvial bañada en sangre, hacía de él, un siniestro Purpurado del Patíbulo, (*) en cuyas manos la hostia al elevarse, se hacía roja,... roja, como un corazón despedazado, sembraba la desolación en Santo Domingo, obscureciendo la belleza de esos campos antillanos, con la doble noche, de su rostro y de su espada, proyectada sobre ellos;

así vivía la América, bajo esas tiranías mozambiques, antes de empezar á morir, bajo otras tiranías, más bajas, y más obscuras todavía...

ante la tiniebla que la siguió, aquella Noche, semeja una claridad; tanto así, se hi-

---

(*) Nuestra América culpable olvida tan pronto, que habrá necesidad de recordarle que el Arzobispo Meriño siendo Presidente de Santo Domingo, fusiló en un solo día, cuarenta estudiantes inocentes, acusados del *crimen* de conspirar contra él.

cieron luego siniestros, los cielos tormentosos de nuestra Historia;

sobre muchos de esos pueblos, parecía aletear ya, como una mariposa de devastación, la máxima de Vico: «*Un pueblo que no sabe detener á tiempo su corrupción, se hace al fin esclavo de una nación que lo somete, porque es ley natural, que el que no puede gobernarse tiene que obedecer, y, á los mejores el* IMPERIO DEL MUNDO.»

y, los *mejores*, para el viejo Historiador italiano, quería decir, sin duda, los *más fuertes*;

si ese aforismo, tuvo ó no, el sentido real de una Profecía, para ciertos pueblos de la América, díganlo, Colombia, mutilada y ultrajada, Santo Domingo, Nicaragua, Venezuela, y Honduras, colocadas virtualmente, bajo el protectorado yanki, y, Cuba, prisionera de las garras sin gloria de las águilas, después de haberse visto, libre, un momento,

de las garras gloriosas de los leones;... ¡estrella viuda, en cuyo pálido candor, se refugió el alma de Martí! ¡estrella de Dolor, que perdida en los cielos vírgenes del trópico, no le fué dado hallar el camino de su Independencia, por más que haya, brillado en ocasiones, con un mentido fulgor de Libertad!

sobre ese cáos de pueblos en ignominia y de bajezas en fermento, el Destino, trazó un día su lúgubre sentencia; y se cumplió...

escandalosos fantasmas de pueblos, devorados por la Servidumbre, desaparecieron un día del horizonte, tragados por la Conquista;

la Tiranía, fué la nueva hija de Tarpeyo, que abrió las puertas á los conquistadores, que venían cargados de oro...

los gansos del Capitolio, enmudecieron; no degollados por el Conquistador, sino lle-

nos el pico y la garganta, de la pitanza munificente, con que los nuevos amos compraron su Silencio;

esos pueblos, desaparecieron del rol de las naciones soberanas, sin esfuerzo, sin lucha, casi sin dolor, sin ensayar siquiera disculparse ante el Destino, mostrándoles sus manos, ennoblecidas por la sangre de sus enemigos, degollados en un campo de batalla;

por eso sus dominadores, no se dignaron atarlos;

¿para qué atar unas manos que no supieron herir y que no ensayaron siquiera defenderse?

eso habría sido deshonrar las ligaduras;

los vencidos heróicos, se atan, ó se degüellan;

las mujeres cautivas, se venden, ó se coronan de oro, en las molicies del Harem;

eso hicieron los yankis, con sus tribus sometidas;

tribus vendidas por sus amos, desaparecieron en silencio, como si aquellos que llegaron á sus fronteras, no hubiesen comprado, sino un pueblo de cadáveres;

no sufrieron la Conquista; se ofrecieron á ella;

se dieron á ella, con una voluptuosidad malsana, que les venía de lo más hondo de sus entrañas corrompidas;

la Esclavitud, les había, de tal manera encallecido el cuello, que no se apercibieron, á qué hora habían cambiado de yugo;

sus rodillas anquilosiadas no cambiaron de actitud, y, sólo en sus lenguas, sintieron la tristeza de no poder balbucear el rudo idioma de aquellos que los conquistaban;

pronto, en algunos de ellos, el Servilismo, tomó la revancha, y, no tardaron en escan-

dalizar su nueva lengua, deshonrándola con la bajeza de sus adulaciones;

¡si al menos hubiesen olvidado, aquella en que un día hablaron como pueblos libres!

pero, no;

la recuerdan muy bien;

y, la reservan, para insultar en ella, la Libertad que vendieron, la Raza que traicionaron, y á los últimos paladines, que aún quedan de pie, sobre la muralla que ellos entregaron, flechando con desesperación, el caballo de Troya, que ellos introdujeron al recinto, con el vientre repleto de millones;

. . . .

. . . .

por aquel entonces, aún se combatía, aún se soñaba, aún había fuerza en ciertos corazones, que eran como remos milagrosos, para aquellos pueblos en naufragio;

los últimos caballeros errantes de la Li-

bertad, vagaban en las soledades del destierro, florecida la boca de parábolas, y, en las manos el lis de la Esperanza, pronto á convertirse en una espada;

¡cómo el cándido lirio se hizo rojo, lentamente, en las manos inspiradas!

fué entonces, que apareció ante mis ojos, como surgido del fondo, de una avenida de Gloria, un Guerrero-Libertador, que parecía escapado de una estrofa de Homero, envuelto en la misma nube que hacía halo sobre la frente de Aquiles, en los combates de la Iliada;

guerrero, cuya espada, fué una lira, tendida como una ala de Misericordia, sobre los pueblos oprimidos;

libertador solitario, tras de cuyas espaldas, hacían fracaso de montañas derruidas, el tropel de sus victorias, y el clamor angustiado de las muchedumbres en desastre;

amplio, como un horizonte de mares en cólera, un anfiteatro de luchas la circuía;

¿quién era ese guerrero, que la salvaje discordia, había vomitado sobre suelos extraños, y que el pálido luminar de la derrota, alumbraba entonces, desde la alta cúpula de un cielo sin fulgores, bajo el cual, las abejas de la gloria, voloteaban silenciosas y entristecidas?

¿quién era ese Peregrino del Dolor, que entre esas dos pavorosas realidades, el Silencio, y la Soledad, como entre dos pilares de la Eternidad, aparecía ante mí, cerca á mis sueños heroicos, en aquella época de mi vida, llena de la más inquietante pasión de Libertad, y, de la más ávida sed de Justicia!

era:

Eloy Alfaro.

IV

Cuando esos pueblos, cercanos al trópico, sacudiendo sus cadenas, vuelvan á tener conciencia de sí mismo—si alguna vez vuelven á ello—mirarán la sombra augusta de ese Grande Hombre desaparecido, como el más alto Símbolo de Libertad, surgido bajo sus cielos, después de que los Héroes de la Independencia, se durmieron en sus tumbas;

porque Eloy Alfaro, fué eso: el Hombre-Símbolo;

el más alto y más genuino representante, del *tipo heroico*, más reflexivo, más puro,

y más completo, que aquel que soñó el cerebro atormentado de Carlyle;

Alfaro, fué, el Guerrero-Apóstol; la encarnación del Héroe Idealista, en su más prodigiosa y noble realización;

sólo tres Hombres Significativos, tres encarnaciones de pueblos, han surgido en América, después de Bolivar:

Benito Juárez;

José Martí;

y Eloy Alfaro;

y, á Alfaro, le tocó, ser, el último Libertador, en un mundo, que ha apostatado tan cobardemente de la Libertad;

la divina Epopeya, de este Guerrero Lírico, cierra violentamente, trágicamente, el ciclo de las vidas, y de las acciones gloriosas, en un hemisferio que renunció brutalmente á la Gloria, y, en cuyos ámbitos, parece haberse agotado para siempre, la brillante sinfonía de los clarines, que dominó con el eco

de su voz, el Genio portentoso de Bolivar;

Eloy Alfaro, fué una águila, que tuvo el corazón de una paloma; por eso sus alas se quemaron en la hoguera;

y, de esa hoguera, no ha nacido el cisne, aquel cisne profetizado por Juan Huss, y que se forma de las cenizas sagradas de los Mártires del Ideal;

buitres asquerosos, han picoteado en aquellas cenizas inmortales, buitres ahitos de sangre, y arrodillados ante el oro, que ha sido su única eucarística;

prisioneros de su bajeza, ellos, han vendido los lises de fuego, que las garras del águila soltaron;

ciego, sin esa antorcha, ¿á dónde marchará ese Pueblo?

los antros sibilinos del porvenir, guardan la Palabra Irrevocable;

aquella Palabra, que dominará el aullido de las bestias salvajes, que devoraron al león crucificado y que husmean aún su sangre, sobre los campos desnudos, estremecidos de horror.

V

ALFARO, era el, Cíclope austero;

bastaba ver su figura de Idolo Oriental, para creerlo tallado en una roca, por un escultor primitivo, lleno del sueño heroico de una tribu de guerreros indomables; se diría una estrofa de piedra, arrancada al corazón de una montaña;

físicamente, pertenecía á la Iconografía Heroica, de la zona vecina á la Leyenda;

viejo modelo de un Dios egipcio, sorprendido en su hipogeo, evocaba la Pagoda, y la penumbra formidable y divina, que hace sobre ciertas frentes, el ala de los siglos, inmóvil como un nimbo de perpetua adoración;

piel rugosa, curtida por el Sol, como si fuese un pergamino heroico, sobre el cual, el Genio de la Guerra, hubiese trazado un plano de batallas por la Libertad;

frente obstinada, llena de designios, con la obsesión pertinaz, de un sueño irrealizado;

luminosidad lunar en la cabellera blanca, erizada, como la melena de un león en furia;

lacios el bigote cándido, y la perilla inmaculada, contorneando la boca enérgica, de labios imperiosos, huérfanos de sonrisas;

ojos de halcón, audaces y voraces, cambiantes, como el oleaje de una mar en equinoxio;

pequeño el cuerpo, erecto y vigoroso, de talla napoleónica, con algo de felino en los movimientos, y mucho de marcial en la apostura;

hombros altos, de raza militar, alzados como en un gesto de desdén, ante todas las cosas de la Vida;

el pecho fuerte, combado hacia adelante, cual si buscase y desafiase, las lanzas y las balas del contrario, sabiendo que era hecho para nido de ellas;

silencioso, doloroso, pensativo, como hundido en largos sueños, muy altos, muy graves, muy remotos, tal apareció ante mis ojos, el Héroe-Proscripto, último sobreviviente, de un Olimpo muerto, del cual, sólo él, vagaba por el mundo, diseñando en el horizonte melancólico del Destierro, su silueta heroica, hecha para ser esculpida en el frontón de un Siglo, por la mano del Tiempo Reparador, lejos de los ultrajes del Olvido;

Lázaro de granito, destinado á ser arrancado, por el grito formidable de la Gloria, al reino silencioso de la Muerte;

ese Hombre, significaba, por aquel entonces, cuarenta años de Vida Heroica, y de Dolor Sagrado;

cuarenta años de lucha, sin tregua y sin cuartel, contra las tiranías clericales de su patria, que formaban ante la Historia, una sola dinastía de hienas;

frente á esos monstruos, que la putrefacción de la selva producía, ó el volcán cercano á Quito vomitaba, Alfaro, se había alzado, como la encarnación heroica y tenaz del Pueblo esclavizado;

durante cuarenta años, él, había sido el alma indomable de la Libertad, contra la Tiranía;

él, había sido la humanización tangible, de esa palabra, misteriosa y sin límites: la Revolución;

la Vida de Alfaro, fué eso, y nada más que eso: la condensación de un Sueño Heroico;

el Amor de la Libertad, fué su Númen;

inspirado por él, fanatizado por él, absorbido por él, desapareció en su seno radioso, poblado de peligros;

ese Amor, fué su Vida;

y, ese Amor, fué su Muerte;

joven, le dedicó su juventud, desertando de las aulas al sonido del clarín;

rico, le ofrendó sus riquezas, sacrificándole la cuantiosa fortuna, que fué su patrimonio;

amado, le sacrificó, su amor, cambiando las ternuras del hogar, por las rudas asperidades del combate;

dejando el lecho nupcial, para partir á las batallas, ya no tuvo más hogar que el campamento, ni más patria que el destierro;

vencido hoy, vencedor mañana, cayendo del ostracismo en el Poder, del Poder, en la Prisión, de la Prisión en el Exilio, sus brazos de Vencedor, no supieron abrazarse, sino á la Misericordia, y sus brazos de vencido, á la Justicia Inmanente;

la Ideología Heroica, estaba plasmada toda, en este Sigfredo tropical, nimbado por la bruma luminosa de un extraño ensueño, atravesando una tempestad de tinieblas, en ascención perenne hacia la cima prometáica, donde dormía el rayo de la Libertad, que era toda la codicia de sus manos;

bajaba de su ensueño, á las batallas, tal un dios descendido de un cielo incandescente; y lo seguía, un canto de Victoria, como un largo extremecimiento de olas de mar...

un día, sus triunfos, como las aguas de un diluvio, subieron de cima á cima, hasta sumergir la Tiranía, ¡ay! sin ahogarla;

triunviro poderoso, obró por un momento, el Milagro de la Resurrección de un Pueblo, sobre las cenizas de una tribu, que el hábito de la esclavitud, había condenado á la triste esterilidad de no tener una alma;

una nueva Patria, pareció surgir de la

punta de su espada, como una rosa de luz, cual si con aquélla hubiese atravesado el corazón del Sol;

¡triunfo efímero y fugaz, que duró lo que un vuelo de libélulas, sobre un campo de rosas, en Otoño;

la Traición, el espectro de Judas, que hirió tantas veces el corazón de este Cristo guerrero, se alzó entonces, para devorar esos triunfos, y, volvió á colgar el Pueblo esclavo, de los brazos de su cruz, como del maderámen de una horca; y, el viento de todos los infortunios azotó de nuevo aquel cadáver de Pueblo, que temblaba como un guiñapo lívido, bajo la enorme cesidad de la Noche, que subía de todas partes del horizonte, hacia el gran cielo culpable;

el Héroe, vencido y traicionado, escapó á la Muerte, y se refugió de nuevo en el destierro;

entrando en esa zona gris, no hizo, sino cambiar de campo de batalla, porque aquel hombre, se agigantaba en el Dolor, y el Infortunio era su mejor campo de acción.

VI

Alfaro, peregrinaba en el vigésimo canto de esa Odisea sagrada, cuando llego á New York, y me fué dado contemplar á aquel Ulises de la Democracia, que cerca á las auroras boreales, buscaba los techos de su Itaca, oculta tras los bosques de los trópicos lejanos;

bocas odiosas y crispadas, se abrían en todas partes, para insultarlo;

lacayos ignominiosos de la demagogia clerical, fatigaban contra él, la declamación ulcerosa de sus diatribas;

camarillas embrutecidas y embrutecedoras, se organizaban para perseguir con sus dicterios á aquel Héroe, seguido de las Ména-

des, al cual, las cimas parcifaálicas le eran habituales, y estaba siempre dispuesto á escalarlas, con el cortejo de sus prodigios milagrosos;

«Hispano América», fué el hogar intelectual de aquella gloria perseguida, y el defensor desinteresado de aquel vencido, digno del Walhala;

el silbido de las víperas, no detenía la marcha del león, pero, el tábano de la calumnia, lo impacientaba, y, por eso, agradeció la mano amiga, que castigaba el insecto zumbador;

y, le tendió la suya, desprovista de todo recurso, y huérfana entonces, de la empuñadura de su espada;

y, así, fuimos amigos;

así, nació una de las amistades, más intensas, más grande, y más tenaces de mi vida;

un mismo ensueño, unía nuestras almas,

envueltas en el torbellino de la misma nube;

un mismo ideal nos guiaba a través de ese desierto de miserias, de esa playa árida, de la cual los guijarros, suelen ser menos duros, que el corazón aleve de los perseguidores;

la misma columna de fuego, iluminaba nuestro horizonte, temblando más allá del Mar Rojo de la Guerra, que había cerrado violentamente sus ondas, detrás de nosotros, sepultando, todas nuestras esperanzas;

uno mismo, era nuestro cándido empeño: la libertad de esos pueblos, que amos voraces devoraban, con una monotonía epicúrea, ahogando en su corazón, todo gérmen de Revuelta;

su espada, y mi pluma, eran como los dos brazos del mismo Hércules, tendidos hacia la misma Hidra, queriendo estrangularla;

¿qué nuestro ensueño era cándido, como la desnudéz de un niño?

¿inerme, como las alas de un pájaro, abiertas sobre la tempestad?

¿gesto estéril?

¿gesto inútil?

verdad, es;

gran verdad;

útil verdad;

verdad, necesaria de decir ante los soñadores de hoy, en esta hora de un Poniente sin púrpuras, en que el sol de mi Esperanza, asesinado por la Realidad, rueda en las tinieblas, en un abismo insondable, donde murió para siempre, el enjambre luminoso de las auroras;

pero, ¿es que el fracaso, quita algo, á la generosidad enorme de ese gesto?

eso, no lo decidirán, los hombres de hoy, los esclavos del Exito, tenazmente enamo-

rados del hierro de las cadenas, y del oro concupiscente de la Conquista;

eso, lo decidirán los hombres del mañana, los admiradores del Esfuerzo Heroico, si es que los últimos soñadores de la Libertad, los últimos legionarios del Idealismo Político, no desaparecen de sobre la faz de la Tierra, cerrando con nosotros los ojos, sobre un mismo campo de derrotas;

¿con Alfaro, habrá muerto el último Visionario de la espada, armado en defensa de la Libertad?

¿habrá fenecido con él, el último soldado del Romanticismo, cuyo ensueño inconmensurable, franqueó todas las soledades, y se alzó más alto que todas las cimas, erectas bajo los cielos sin límites?

VII

Nada más bello y más reconfortante, que oir las narraciones épicas, de aquel Aëda, en exilio, llenas de belleza y de fuerza, en el candor de una simplicidad homérica;

un vivo, un doloroso calor de entusiasmo no turbado, envolvía las palabras del Héroe, cuando contaba sus luchas, sus derrotas, sus destierros, sus largos días de hambre, de enfermedad, y de abandono;

no se enorgullecía, de las victorias que había alcanzado, ni se halagaba de aquellas que pensaba alcanzar, como si sobre el oleaje tormentoso, de las unas y de las otras, hubiese visto flotar el cáliz amargo, que

había de ofrecerse á su senectud indómita, hecha á dominar las tormentas del cáos;

era, habitualmente triste, como Sucre, como Martí, como Crespo, como todos los grandes predestinados al Martirio, que parecen llevar, en sus pupilas estupefactas, la visión confusa de su Gólgota lejano;

su cruz futura, hace sombra melancólica, sobre sus frentes gloriosas;

esa sombra, extendía sobre Alfaro, su tristeza, aún en aquellas horas, en que la Esperanza, tendía sus alas de cisne, sobre el lago de sus sueños, como sobre una líquida esmeralda;

¿preveía vagamente, confusamente, con la clara intuición de los grandes inmortales, la lejana hora sombría, en que una turba hecha crimen, había de alzarse ante su Gloria, hecha dolor, para arrastrarla y escupirla, en un delirio de cafres?

¡la hora en que su sangre heroica caería

sobre un estercolero de almas, incapaz de fecundar una sola Virtud, y de hacer nacer un sólo germen de Honor, en esa amalgama de estiércol, y, de lodo, que había de servir de pedestal á los Césares futuros!

¡la hora, en que él, había de ascender, de un sólo vuelo á la Inmortalidad, mientras los otros, bajarían de rodillas, las ágrias cuestas del Crimen, cargados como Caín, con el peso de su asesinato!

¡la hora, en la cual, el rayo no bajaría hasta él, sino que él, subiría hasta el rayo, como el encuentro de dos titanes en el seno de una misma nube!

¡la hora, en que como Héctor, moribundo, antes de ser arrastrado ante los muros de Ilión, había de volver sus ojos, al templo, pronto á convertirse en ruinas..., al Templo de la Libertad, ya entregado por los traidores!

la Libertad, por la cual moría!...

la Libertad, su único Ideal, sobre la Tierra!...

su único Dios, tras de los ámbitos del cielo!...

yo, no he visto, un soñador, más pertináz, que aquel anciano proscripto, que parecía no apercibirse de que andaba por sobre las cenizas de los muertos;

iba, como cegado por la luz de una aurora, que no desaparecía jamás de su horizonte, que no se extinguía nunca en los cielos pródigos de su visión;

el espacio mismo, parecía iluminarse, con el ensueño de sus ojos, sondeadores en la profundidad misteriosa del Tiempo;

las cosas, y los acontecimientos, hacían la ilusión de ceder, dóciles, al imperio de aquella mano que se extendía atrevida, como para desgarrar las tinieblas sin fondo de la Noche Secular, en que se envolvía su Patria;

su voz, tenía entonces, un ritmo obsesionante, extremecido de dulzuras interiores, como sonando en limbos remotos, muy lejos de la vida real;

voz, de Poeta y de Profeta; voz, de un amor solitario y tenáz, hecho para desafiar el vértigo del tiempo, y la marcha acelerada de los siglos que huyen...

esa voz, evocadora, se hacía marcial, como el sonido de una trompeta macabea, si evocaba la visión de sus combates, y las sombras augustas de sus compañeros, caídos en el desastre;

la roja escenografía de los campos de batalla, adquiría toda su pavorosa vitalidad, al conjuro de aquel narrador épico, cuyo lirismo intuitivo, y emocional, pasaba como una caricia sobre las cabezas de los muertos, y cuyos apóstrofes, contra los vencedores del derecho, sonaban como un tropel de

olas enfurecidas, cabalgando, en los lomos de la Noche;

callaba... como vencido por su esfuerzo, asombrado de verse sobrevivir á tanta gloria, temblando ante el derrumbamiento de tantos sueños heróicos;

y, se envolvía después, en un mutismo impenetrable y prolongado, que se habría creído altanero, si no se hubiese sabido, lleno de la íntima vibración de pensamientos y de esperanzas aladas, que volaban hacia cielos muy remotos;

ese Héroe, no sabía salir de las tragedias del Silencio, sino para entrar resueltamente en las tragedias de la Acción;

y, hacia ellas, iba;

perambulaba, entonces, por los países de la América, nuevo Atlante, llevando el peso de una revolución sobre los hombros;

entre sus suaves esperanzas heridas, él, se gozaba en acariciar, con mano férvida,

el cuello de la última águila, escapada de aquel nidal de ensueños, que fué el cerebro de Bolivar: la *Creación de la Gran Colombia;*

¡pálida ilusión espectral, que él, se gozaba en engrandecer, marchando hacia incógnitos destinos, empeñado en mirar hacia el Misterio, á través de la hendidura de la Noche Cimmeriana, rota en dos por la espada fulmínea de su visión tenaz;

bajo el influjo de sus sueños visionarios, sus ojos, vorazmente vueltos al Porvenir, parecían no recordarse del Pasado;

en una amnesia divina, olvidaba sus derrotas;

y, las costas de la Victoria, parecían surgir ante él, magníficas y reales, en el vibrante, espejismo de una selva de laureles;

solitario en las avenidas sombrías y silenciosas de su destierro, el viejo guerrero, sentía el beso de oro de los mirajes, acariciar su frente vencida;

y, tendía, su mano crispada, hacia las palmas del Triunfo, que un viento de tempestad, sacudía en el lejano infinito;

argonauta, partido sobre el navío de la Quimera, ¿dónde hallaría el Toisón de Oro, de su Ideal?... clavado, en el corazón mismo de la Muerte;

y, de allí lo arrancaría;

. . . .

. . . .

así, vencido, así, miserable, así, huérfano de toda prosperidad, pasó ante mis ojos, aquel guerrero extraño, el más puro, el más noble, y el más transcendental, de cuantos hombres de guerra, han llenado en América, los últimos lustros del siglo XIX, y la primera década de este siglo, con el ruido de sus hazañas y de su nombre;

así, como un fantasma glorioso, agobiado de infortunios;

sobre la playa árida, sin horizontes, y

sin encantos, se estrecharon nuestras manos, desnudas de toda dádiva, llenas de la más noble sinceridad;

yo, no pude dar á su gloria, sino el patrocinio de mi pluma, que ya entraba en la celebridad, esta celebridad que al hacerse después desmesurada, rebasando las fronteras de mi orgullo, había de obligarme, á entrar violentamente en la Soledad;

ésta, estéril celebridad, de la cual huyo cada día, y de la cual siento crecer á cada instante el miserable hastío;

ese hastío, que en la tarde de mi Vida, me ha hecho volver las espaldas al Suceso, y no dar la cara, sino al Crimen Victorioso;

para abofetearlo;

como ahora lo hago.

VIII

Un día, aquel Hombre Símbolo, desapareció de ante mi vista, se borró en el horizonte confuso, cargado, con sus grandes deseos, y con sus esperanzas tormentosas;

entristecido lo ví partir, y se desvaneció ante mí, aquella visión de gloria errante, que un momento había tomado ante mis ojos, la consistencia de un Hombre;

mis ojos, que ya podrían cerrase tranquilos, porque la contemplación, de un verdadero Grande Hombre, no le había sido negada sobre las soledades de la Tierra;

yo, no sentí, el calofrío de Job, en su noche, al paso del fantasma, ni sentí como René, el espanto, que la sombra del Con-

quistador, proyectó sobre su alma, cuando se detuvo un momento, ante él, y la voz del Sembrador de la Muerte, sonó en sus oídos, acariciando el sueño enorme de su orgullo;

el Hombre, que había pasado ante mí, no era el soldado brutal, cazador de hombres y de pueblos, jinete en el corcel del Exterminio, seguido por los galgos aulladores del Espanto;

no;

lo que mis ojos habían visto, era la figura de ese raro producto social, que pocas veces pasa, por los cielos de la Historia, para iluminarlos con su fulgor inacabable: un Libertador;

un puro, y auténtico Libertador;

¿un Soñador?

sea;

porque nada más lejos del tipo vulgar de los héroes de nuestra selva, que este glorio-

so iluminado, antítesis viva de nuestros dominadores de aventura, de nuestros pomposos, *Salvadores*, *Regeneradores*, *Restauradores*, y toda la fauna bélica; todos destructores, todos devoradores, todos inquisidores de pueblos; tan miserablemente abyectos, tan obscuramente infames, que deshonran con su bajeza, todo, hasta las palabras del escarnio, que pudieran coronarlos;

Alfaro, perteneció, á la dinastía, de los Probos, á esa extraña y exígua dinastía, de la cual no se alcanzaría, á formar una Pentarquía;

fué, el primero, y el último, de los Antoninos, en una Roma, que no mereció, el holocausto, de su Virtud;

¿quién, fuera de Juárez y de Martí, resistiría con él, el paralelo?

la raza de los brutalistas, llena toda nuestra Historia, ¿dónde colocar estos Idealis-

tas, fenomenales, que no sufran del contacto, con la plebe histórica que los rodea?

no es sin una turbación, de alma, muy profunda, que se habla de ellos;

esos porta-llamas, marcan una orientación, hacia las cimas, perturbando la calma bestial, de los pueblos-rebaños, hebetados y sumisos, bajo el pavor, de los antropóides galoneados, que los azotan;

el soplo espiritual, que agita á estos apóstoles, cuyo pensamiento se hizo una espada, es tan fuerte, que basta para dar alas al aprisco, y levantarlo con ellos, hacia las cimas del Ideal;

¿qué el rebaño vuelve á caer más hondo, cuando al brazo libertador, falta el esfuerzo heroico de la Vida?

verdad, triste verdad;

¿qué Cuba, la Cuba de Martí, libertada un momento, no vivió, como pueblo independiente, sino, para morir luego, ignorando la

gloria de ser libre, porque la Pedagogía artera de Estrada Palma, y la anquilosis moral de los aneccionistas, encontró, con la Enmienda Platt, la manera de atar, con un hilo de oro, la Estrella Solitaria, á la Constelación rapaz, que refleja sus estrellas piratas, sobre las aguas, del Hudson?

verdad, verdad, triste verdad;

¿qué del ensueño y del esfuerzo de Juárez, no queda en la Historia, sino el escándalo de un Pueblo, que el Reinado de Sangre de Porfirio Díaz, redujo á la pulpa sanguinolienta de una tribu triturada, bajo las zarpas siniestras de esa puma, epiléptica y caduca;?

verdad, verdad, triste verdad;

¿qué al caer, de los brazos generosos de Alfaro, el Ecuador, cayó bajo las zapatillas de bailarina, del andrógino feroz, que hoy lo tritura, con la complacencia cobarde de su histerismo exasperado;?

verdad, verdad, tristísima verdad;

pero, ¿el naufragio de un Ensueño, es una razón, para culpar los Ensoñadores, que hicieron de él, un Sol, y lo clavaron, sobre un cielo tenebroso?

no;

esos grandes Poetas de la Acción, dejan, con la virtud misteriosa de su Verbo, y de su Espada, tales resonancias bélicas, tal fuerza de Encantamiento, y de loco amor á la Libertad, que de sus cenizas, selladas ó disperas, se desprende un hálito de Idealidad heroica, bastante para despertar, el corazón de un Mundo;

y, Eloy Alfaro, fué eso, un Poeta Agráfico, Poeta sin sonoridades, que escribió con la punta de su espada, uno de los más bellos Poemas de Libertad, que se hayan vivido jamás, bajo los cielos latinos;

aquel galvanizador de pueblos, yace inerte, pero, su Ensueño queda en pie, su valero-

so Ensueño, libre, como lo fué su alma, de todo átomo de impureza;

y, un pueblo entero, gravita en torno á la órbita de ese ensueño;

es el privilegio de los grandes iluminados: encadenar las almas al sortilegio luminoso de su ensoñación;

en vano los grandes didácticos del Silencio, lo prescriben y lo enseñan, encima de esas tumbas;

el Silencio, no puede nada, contra la luz, que no habla, pero irradia, en un himno sin palabras;

ese himno, generador de los grandes entusiasmos, no se apaga, bajo la sombra osada, que envuelve momentáneamente, los pueblos que ellos crearon;

no será el Verbo Orfico, que dome las bestias feroces de la Tiranía, pero será el Canto Epinicio, que llame los pueblos al combate, cuando estén cansados de agonizar, ba-

jo, *Triunfus,* el asno capitolino que coronó Augusto;

esos Titanes del Esfuerzo, fueron los únicos, con energías bastante poderosas, para borrar con sus plantas, las fronteras de toda Realidad, y coronar los picachos enhiestos, donde se borran todas las perspectivas, y no se descubren, ya límites, al horizonte;

ellos solos, poseyeron la llave de luz, que abre la puerta del templo de la Esfinge;

y, ellos, le arrancaron la palabra reveladora;

¿qué el secreto de esa palabra, y la partícula del Misterio, que ella encierra, murió con ellos?

y, ¿qué?

no dejaron, por eso, de ser una Potencia Humana, uno de esos seres de intensidad superior, una como fuerza anímica, misteriosa y profunda, de esas que la Naturaleza, emplea para convulsionar los mundos;

que esa fuerza, sea violada á su vez, por la pequeñez artera de los hombres, traicionada en sus altos destinos, por la miseria de los acontecimientos, y vaya á caer, rota en pedazos, sobre la misma tierra que quería salvar;

¿qué prueba ello?

la crueldad, ó la locura de las fuerzas ocultas y ciegas, que gobiernan la Vida; la completa inutilidad de Dios en la Historia;

hablad de Dios, en la selva de Dos-Ríos; los árboles de la floresta trágica, os aplastarían por blasfemos;

hablad de Dios, en el Egido de Quito; las llamas que consumieron el cuerpo del Héroe, brotarían de nuevo de la Tierra, para consumir vuestra lengua profanadora;

el Crimen, niega á Dios.

IX

No es mi objeto hacer aquí, la Historia de los Gobiernos de Alfaro, ni la Apología de su Política, libertadora y civilizadora, tan miserablemente calumniada, por los difamadores perseverantes, de aquel Grande Hombre;

gacetilleros, ayunos de toda inteligencia, y de toda probidad, se encargaron ayer, y se encargan hoy, de deformarla, y de difamarla, desde las columnas de diarios, que él, toleró impasible, y que hoy, otros subvencionan satisfechos, para ese sucio menester;

la Historia, no es un mercader de estiércol, para recojer esas hojas vergonzantes

y esos nombres de foliculares, sin prestigio, del fondo de la cloaca en que vivieron, para estamparlos sobre sus páginas austeras;

la Historia, no se escribe con detritus;

ciertos hombres, y ciertos nombres, podrán violar la publicidad, llegando hasta ella; la Historia, no la violarán jamás;

la gacetilla, fué su cuna, y ella será, su tumba;

mi pluma, no interrumpirá su trayectoría hacia el olvido, ni será enredados en sus picos, que han de salir de su justa y estipendiada obscuridad;

. . . .

. . . .

los Héroes, se empequeñecen en la Política;

no es su terreno;

se debaten prisioneros de ella, como si fuesen Hércules, prisioneros en las redes de Vulcano;

rara vez, un Libertador de pueblos, es un Organizador de pueblos;

hay, en el Héroe, auténtico, un candor original, que lo hace inhábil, por exceso de Ilusión, para esa lucha de realidades implacables, que es, la Política;

el Héroe, entra en la categoría de los genios;

y, el Genio y la Política, se excluyen;

la Política, es la ciencia de los mediocres;

no es la ciencia de César, es la de Augusto;

¿qué hay grandes políticos?

sea;

como hay grandes saurios, en los fangales de un río;

la grandeza, es relativa;

la Historia, atestigua, que todo verdadero grande hombre, que llega a la política, fracasa en ella;

¿por qué fracasan los libertadores, al lle-

gar al Poder, en los pueblos libertados por ellos?

por su exceso de Idealismo, por no decir de Romanticismo;

y, notad, que en la categoría de mis palabras, Héroe, es sinónimo de Libertador;

en los dominadores, puede haber, grandeza, pero, no hay heroismo, en el sentido espiritual de la palabra;

para mí, la grandeza de un asesino, de hombres ó de pueblos, ya se llame Bonot, ya Bonaparte, no entra jamás en la categoría de lo heroico;

el Dominador, sí puede organizar un pueblo; es decir, puede encadenar un pueblo;

yo, no sé la grandeza, que haya en ese gesto;

esa grandeza, no la comprenden sino los que tienen alma de tirano; y no la proclaman sino los que tienen alma de siervos;

yo, tengo una alma de Hombre Libre, y

niego, toda forma de grandeza á la Opresión;

libertar, es un gesto contrario á gobernar;

tratar de aunarlos, en uno sólo, ha sido el fracaso de todos los libertadores;

un Libertador, que llega al Poder, cae, vencido por la Libertad, á la cual, él mismo le dió vida;

la diosa, surgida de su espada, lo devora;

tal fué, la suerte de Bolivar;

tal fué la suerte de Alfaro;.....

si Alfaro, no fué un gran político, en el sentido que á tal palabra dan, los prácticos de esa ciencia, fué, porque quedó siendo siempre un Grande Héroe; es decir, un gran Soñador; un enamorado incorregible de la Libertad, fuera de todas las realidades protervas de las facciones en fermento;

se negó á ser un Tirano;

¿cómo queréis que fuera un gran Políti-

co, en el corazón de aquellas democracias que no saben adorar sino el azote?

yo, no culpo la política de Alfaro, de haber fracasado por su generosidad; constato el hecho, y hago de él un honor para su nombre;

el Idealismo, parsifalesco, de su política, fué su ruina, pero fué también su gloria;

se empeñó en ser generoso, frente á la crueldad;

noble, frente al rencor;

grande, frente á la bajeza;

hizo del Perdón, un Sistema;

del Olvido, una Ley;

de la Clemencia, una Política;

¿cómo, no queríais que fracasara?

la Política, no tiene corazón;

y, el corazón, era toda la inspiración de la política de Alfaro;

la Política, no tiene entrañas;

y, Alfaro, sentía, sus entrañas agitadas

por todas las llamadas de la Misericordia;

y, la Misericordia, fué su Política;

¿cómo queréis que no hubiese sido devorado, ese pelícano heroico, empeñado en dar su propio corazón, en pasto á sus enemigos?

Alfaro, se empeñó en ser un hombre de Principios, allí donde no son amados sino los hombres de pasiones;

hizo gobiernos de Ideas, allí donde no habían existido, sino gobiernos de intereses;

ignoró los apetitos, allí donde acababa de cesar el reinado de la Bestialidad;

despreció el tener garras, al entrar bajo ese sólio, que había sido hasta entonces una jaula de fieras;

renunció á ser tigre;

¿no era eso, una insensatez;?

¿no era eso ignorar la política, es decir, nuestra política?

empeñarse en fundar la Libertad, y no en violarla;

tener la fuerza de un Dictador, y no usar de ella;

querer hacer ciudadanos, negándose á tener esclavos;

querer continuar, el sueño de Bolivar;...

obstinarse en ser un Libertador;

¿no era eso una Utopía, la peor de las utopías?

¿qué Político era ese?

nacido para pastor de pueblos, y no para capataz de esclavos, este Héroe virgiliano, cuya espada en el combate, era un rayo, quiso hacer de esa espada en la Paz, un báculo, y se negó á hacer de ella un azote;

permanecer un Ideólogo;

ser un doctrinario irreductible;

hacer de las Ideas, un instrumento de Acción;

tratar de realizarlas, dándoles formas tangibles, en actos de libertad, y de progreso; ¿es eso posible, en nuestras democracias semi-bárbaras, enamoradas de la fuerza bruta, hechas á la música del azote?

el fracaso de Alfaro, nos responde con un largo clamor en lo Infinito.

X

Alfaro, que fué el Héroe más cabal, aparecido en el escenario de nuestra Historia moderna, fué incompleto, no por falta de Virtud, sino por exceso de ella;

quiso ignorar voluntariamente, que el asesinato, es un elemento de gobierno, en los pueblos primitivos, y que no cortar la cabeza á sus contrarios, es condenar la suya á ser cortada;

permanecer puro, en medio á la corrupción de su siglo, le pareció posible, á este rival de Cincinato, que ignoraba que de esa grandeza, se haría un delito, para devorarlo, como se daba á los leones en el Cir-

co, las carnes impólutas de las vírgenes, que no habían querido prostituirse;

eso, lo ignoraba, aquel Fabricio nuestro, al cual, todos los géneros de la grandeza, le eran familiares, menos el del Crimen;

Alfaro, pertenecía, á la raza, de los grandes hombres, de aquellos que hacen la Victoria; no pertenecía á la de los mediocres, á la de aquellos que no saben sino explotarla;

era un rompedor de cadenas, no, un forjador de yugos;

¿cómo podría perdurar, su Poder, hecho todo de clemencias y libertades, en medio de multitudes ignaras y esclavas, que sollozaban en silencio, por los yugos despedazados, y las cadenas rotas?;

renunció al Reinado del Terror, que es el único amado, de las indiadas salvajes, y propio á las facciones en delirio; y por haber

renunciado, á devorar esas indiadas, fué devorado por ellas;

él, que nunca tembló de miedo, no quiso, hacer temblar de miedo, á los demás;

los esclavos, libres de la cadena, no perdonaron á aquel que los había desencadenado;

y, no sabiendo qué hacer de la Libertad, que él, les había dado, la emplearon en devorar á su Libertador;

legitimando, su Autoridad, por la Clemencia, renunció á hacerla, legitimar por la Violencia;

y, eso, lo perdió;

pretendió desarmar el Odio, por la Piedad, sin preveer el día, en que las turbas regresivas de Quito, sueltas en plena barbarie, tumbarían los altares de la Piedad, que él, había levantado en el Capitolio, y lo arrastrarían desnudo, sobre los mismos sen-

deros, que él, había tapizado con sus dádivas;

no queriendo entregar á la Tiranía, el cuidado de conservar sus Victorias, encargó á la Virtud, el cuidado de salvarlas;

y la Virtud fué ineficaz;

esa fué, la Ilusión de Alfaro;

y, ya se sabe, que las ilusiones pierden á aquellos mismos que ciegan;

pero, ¿faltaron, á este Ilusionado Sublime, las condiciones de un Jefe de Estado?

no;

le faltaron dotes de Tirano;

tenía, el alma demasiado noble, para serlo, pero era indudablemente, un Conductor de Hombres, un Creador de Pueblos, un Jefe de Gobierno; aquel que hizo de una tribu dominada por el Terror; embrutecida, por la Superstición, devastada por la Ignorancia, un país de cultura, de grandes anhelos, de nobles arrebatos hacia la Libertad;

las turbas antropófagas de Quito, no tienen nada que ver, con el alma y la cultura del Ecuador actual; alcanzan á mancillarla, pero no, á negarla, y menos á destruirla;

esas turbas, son la vergüenza del Ecuador, pero no son el Ecuador;

esos antropoides, enfurecidos y retardatarios, se conservaban ayer, se conservan hoy, se conservarán mañana, fuera de la civilización, rechazados igualmente, por la humanidad, y por la selva;

las especímenes, de esa fauna, no se civilizan, se cazan;

Alfaro, alimentó, el sueño heroico de regenerar un pueblo;

en ese sueño, había, una igual cantidad de orgullo y de candidez, pero ambas fueron pequeñas, para el esfuerzo del Héroe;

no fueron, ni el Talento, ni el Valor, ni el Patriotismo, los que faltaron á Alfaro, y á sus colaboradores, á ese grupo de demo-

ledores audaces, y de constructores pacientes, que lo acompañaron, en su Obra de Civilización, hasta las puertas mismas de la Muerte;

se ha calumniado ese grupo de doctrinarios irreductibles, que juraron á su honor, hacer del Ecuador un pueblo libre, y lo hicieron;

la Elocuencia, la Sinceridad, el Coraje impávido, nada faltó á aquellos grandes novadores, á aquellos que fueron, y quedarán ante la Historia, como los creadores de una Nacionalidad, allí, donde no existía sino un feudo de Roma, saqueado por los piratas de la Iglesia;

nunca influencia más real, se hizo sentir en una democracia, que la de aquella minoría de hombres cultos y austeros, núcleo de reformadores, y, de fundadores, á los cuales no faltó nada, ni el Exito, porque los vencedores de hoy, han podido sorprender al

Pueblo que ellos libertaron, pero, no podrán dominarlo, ni encadenarlo de nuevo;

está victoria, efímera, como toda obra de Traición, finirá por una tragedia sin grandeza, en la cual, la pequeñez de la víctima, quitará toda gloria al sacrificio;

el pueblo liberal, vencerá la inmunda satrapía, que los asesinos de Enero, alzaron sobre las cenizas de los Mártires;

Semiramis, huirá despavorida, si antes, uno de sus legionarios ingratos, no deshonra la espada, cortándole la garganta á esa vaca fugitiva;

la taifa de asesinos, seguirá los equipajes de su Reina destronada, y tras el polvo de esos bizantinos en derrota, el pueblo del Ecuador, el pueblo libre y glorioso, ese pueblo, formado por el esfuerzo de Alfaro, de Peralta, de Moncayo, de Felicísimo López, de los Andrades, los Conchas, los Alfaros,

Luciano Coral, y todos los reformadores, los fundadores, los propulsores liberales, alzará de nuevo las banderas ultrajadas de la Civilización, y colocará, en el Capitolio Nacional, la estatua de la Libertad, encima de las cenizas de los Héroes.

XI

Nadie, como Eloy Alfaro, supo la terrible verdad, de las palabras de San Pablo, de que, «la vida, es un combate»;

alma de llamas y de extremecimientos, contextura prodigiosa ante el dolor, pasión frenética del Triunfo, energías visionarias que se dirían dementes—tal era el poder heroico que tenían de centuplicarse y resolverse en actos inquietantes y grandiosos—formaban aquella alma de exaltación silenciosa y tenaz;

¿á dónde podía partir esa alma sino á la batalla?

¿á dónde podía ir, sino al triunfo?

la batalla,... ¿es qué salió alguna vez de ella, este Héroe de Epopeya y de Redención?

la batalla, siempre la batalla, nada más que la batalla; esa fué su Vida;

¿el Destierro? una batalla contra el hambre, contra el desamparo, contra la miseria;

¿la Guerra? un estrépito de batallas, contra los hombres, contra los mares, contra los ríos, contra las selvas, que se alzaban ante él para cerrarle el paso;

¿el Gobierno? una batalla, contra el Pasado, contra la sombra abyecta del Pasado, omnipotente en esos pueblos, que el fanatismo religioso modeló para la esclavitud; batalla contra la ignorancia; batalla contra la tiniebla de las almas, contra la corrupción de los corazones, contra la concupiscencia de las manos;

el Poder, no fué para Alfaro, sino otro campo de batallas, más transcendentales, más encarnizadas, más difíciles, que aquellas de las cuales, se había hecho una Vía Triunfal, para llegar al Capitolio;

en el Poder, Alfaro, no era ya el soldado de las ideas, sino el prisionero de ellas;

talmente las amaba, que inmovilizaba su espada, temeroso de desgarrarlas si la movía;

éste anciano, doctrinario, y meticuloso en asunto de principios, fué la última flor del Radicalismo Ideólogo, ya extinto, que buscó el pecho homérico, de aquel Héroe, para dar en él, su último perfume;

aquel amor ciego á las Ideas, aquel culto apasionado y mórbido de ellas, ¿impidieron que el Gran Caudillo, fuera un Grande Hombre de Estado?;

¿la carga ponderosa de los principios, robó fuerzas al brazo demoledor?

tal vez, la Historia, dirá, que si Alfaro, no fué absolutamente victorioso como político, lo debió á su culto, fanático, por las ideas, y á la misericordia ilimitada de su corazón;

á su Doctrinarismo, y á su Generosidad; á no querer sacrificar, ni sus principios, ni sus enemigos;

eso lo perdió;

esas dos deficiencias, son, para mí, dos excelencias de su carácter;

yo, hombre, de principios, las constato, y las aplaudo;

hago de ellas, dos rosas de Inmortalidad, y las pongo sobre el cráneo fracasado, del Mártir del Egido;

como reformador, Alfaro, pudo dejar de ser violento, pero no dejó jamás de ser heroico;

era caótico, el momento, en que llegó al Poder; caótico, y desconcertante;

era una hora incierta, conmovida y, tempestuosa, esa en que Alfaro vencedor, surgió para coronar la Libertad, sobre el cráter del Pichincha en erupción, y bajo un cielo en tinieblas, donde gruñía aún la tempestad;

la tierra, temblaba todavía bajo el cataclismo, y el cielo se extremecía, cuando el Héroe Vencedor, escaló la cima de los Andes, seguido de sus legiones, que habían llegado allí, ascendiendo, de sierra en sierra, y de picacho en picacho, imantadas, por el fulgor de aquella espada;

¿qué se podía fundar sobre tanta incertidumbre, en esos parajes de devastación?

la noche, que había reinado, sobre esos cielos, era esa profunda noche, sin entrañas y sin estrellas, tras de la cual, las más bellas auroras, se revelan á brillar; esa no-

che del pavor y del espanto, bajo la cual, los pueblos desaparecen, en una orgía de silencios, devorados por todos los buitres, que surgen del corazón helado del Abismo; la Noche Religiosa;

¿qué queréis que brotara de aquel caos informe, donde durante una interminable sucesión de lustros, reinaron como deidades absolutas, el Sacerdote, y el Verdugo, esos dos hermanos gemelos de la Muerte?

el reinado de los sacerdotes, había sido en el Ecuador, como en todos los países de la América, un festín de chacales;

á perturbar, ese festín, poniendo en huída, las bestias ahitas y asquerosas, apareció como un sol en el horizonte, la espada victoriosa de Alfaro;

¡bandera de Libertad, flotando sobre el fluctuamiento misterioso y profundo, de todos los problemas informes, que bullen en el seno de un pueblo en descomposición!

¿reformar un Pueblo?

¿regenerar un Pueblo?

no;

crear un Pueblo; formar un Pueblo, tal fué la tarea encomendada por el Destino, á Eloy Alfaro, y á sus compañeros vencedores;

¿cómo llenaron su tarea, estos Macabeos del Ideal, surgidos del vientre ensangrentado de la Victoria?

creando un Pueblo;

Rentas, Ejército, Instrucción Pública, Correos, Telégrafos, Caminos de Hierro, Navegación á Vapor, Crédito Extranjero, Política y Diplomacia, todo les tocó crearlo, todo reglamentarlo, sobre la dispersión, de aquella Tribu Papal, vencida por su esfuerzo;

¿qué no se llegó á un rompimiento, definitivo y violento, con la Curia Romana, y á la total repudiación de todo elemento religioso en las esferas del Estado?

¿qué la Instrucción, láica, gratuita y obligatoria, no se hizo efectiva, y no se puso al sacerdote á la puerta de los establecimientos de enseñanza, con su alforja, llena de dogmas, y de mentiras?

culpa, no fué eso, de Alfaro, de Peralta, de Moncayo, de López, de Venegas, de Concha, de Coral, del círculo de doctrinarios intelectuales, empeñados en demoler con una mano, y edificar con la otra;

culpa fué del sedimento religioso y esclavo, que privaba en los tímidos sin convicciones, en los políticos de antecámara, cuya política era, poner una mano en el Tesoro Público, sin retirar la otra, del agua sucia, de la pila bautismal; grey enfermiza y sin valor, de hombres sin convicciones y sin ideas, temibles por la enormidad de sus evoluciones, sino lo fueran por la de sus deserciones, abono animal para todas las trai-

ciones, á los cuales el laicismo espantaba, esclavos del dogma, plutócratas fastuosos y nulos, que habían de ser luego, á la hora de la reacción contra las conquistas liberales, los cortesanos de Leonidas Plaza, á quien el crímen y la sangre, no logran redimir, del desprecio devorador, que lo circunda como una atmósfera;

si la victoria, no fué completa, culpa fué de esa levadura inmunda, que la Curia Romana, mantenía bullente, en el fondo del Partido Liberal, para criticar toda evolución definitiva; oponerse á todo hecho trascendental, y extender sus manos llenas de dádivas, entre la reacción y el liberalismo, cada vez que éste intentó extrangular á aquélla;

Alfaro, fué débil con ellos;

y, sin embargo, ¡qué colosal transformación, llevada á cabo por este soñador aven-

turero, hecho Artífice prudente, de la Grandeza de un Pueblo!

¿véis, el mar, azul y luminoso, que revienta en copos de espuma, ciñendo la playa roja de una corona de narcizos de cristal?

y, ¿las cadenas de montañas altísimas, último refugio del rayo, en cuyas cimas desnudas, caen vencidas por igual, las tormentas y las águilas? ¡crestas agrias, recias crestas, farallones que el Eterno Silencio, acaricia con su mano de tinieblas, hecha á desmelenar los huracanes, centinelas que la Naturaleza, levantó entre el mar y el valle pensativo, para proteger la quietud de las razas bravías, que el Pichincha, cobija, con su oriflama de llamas!

¿quién rompió, esa muralla centuplicada de pirámides?

¿qué Hércules, superior, á todos los de la Fábula, puso su hombro, y derrumbó la cortina enorme de granito?

¿por el milagro de cuál Dios, las selvas fueron violadas, las cimas humilladas, y el hálito acre del mar, saturó con sus aromas, la llanura taciturna y esquiva, llena de un insoportable olor de cirios y de incienso?

¿quién unió, el infinito de esas dos soledades, como si hubiese atado en el espacio, la cauda de dos cometas?

¿quién fué ese demiurgo, que desventró la tierra, y atravesó con su espada, el corazón de la Montaña?

ELOY ALFARO;

él, fué, quien soltó, desde la playa, hasta la cima, esa serpiente de hierro y llamas; esa Tifón, conquistadora, con vértebras de acero, que fué silbando, y llameando, de colina, en colina, lamiendo y acariciando los flancos domados de la montaña, hasta lo más alto de las cimas, y se enroscó como una diadema de luz en las Sienes del Pichincha;

el Ferrocarril, de Guayaquil á Quito, esa gran Epopeya del Trabajo, fué, la Obra Magna, de Eloy Alfaro, aquella que nada, ni las ingratitudes de los hombres, ni el odio de los chacales, ni la amnesía cobarde de los pueblos, podrán discutirle, ni negarle, cualesquiera que sean, las formas de poderío que la infamia revista, en ese laberinto de pasiones, puñaleras, en ese bazar de asesinatos orientales, en que Leonidas Plaza, y su hampa de camelotes del dicterio, han convertido la República, que Montalvo ungió con los aromas de su palabra, y Alfaro, coronó con los laureles de su Gloria;

la Mentira creciente, de los grandes asesinos, no podrá nada, contra la gloria creciente del Gran Asesinado;

la Historia, se alza, entre el Crimen y la Víctima;

ella, se inclina, ante Alfaro, y le dice, reverente: «Pasad»;

y le abre, los cielos interminables de la Inmortalidad, mientras Leonidas Plaza, vuelta la espalda á toda Gloria, se desliza tanteando por el muro del Crimen, siguiendo la sombra, de los grandes asesinos, sus hermanos; la sombra de Caín, en las florestas del Génesis; la sombra de Judas, en los valles galileos; la sombra de Flores, en la montaña de Berruecos;

¿de qué galera fenicia, del serrallo de cuál Sultán, se escapó esa figura ambígua y fatal, que persigue el Gran Vencido, aún más allá de la tumba, y lo apuñalea por la espalda, desgarrándole su manto de cenizas?

del corazón mismo de Alfaro, de la Misericordia de Alfaro, de la funesta debilidad de Alfaro.

XII

RECORDÁIS, cuando Agripina, en cinta de Nerón, consultó los augures, y éstos le anunciaron, que el hijo que iba á nacer de sus entrañas, estaba destinado á reinar, pero según el horóscopo fatal, ese niño mataría á su propia madre?

—«que reine, aunque me mate»,— dijo Agripina;

tal, pareció, decir Alfaro, cuando al fin de su primer período presidencial, resolvió, cegado por el Destino, patrocinar la candidatura de Leonidas Plaza, para sucederle;

no faltaron advertencias á Alfaro, y tal

vez las mías, fueron las más premurosas, las más proféticas de todas (*)

¡ay! en esa ocasión, como en otras tantas, fuí un terrible vidente de la Fatalidad!...

mi voz, no pudo conjurar los acontecimientos, y el terrible error, fué cumplido;

¿por qué extraña aberración del Destino, mi voz, ha tenido en ocasiones, la inútil sonoridad de la de Casandra, y se ha perdido en la soledad, sin alcanzar á impedir, la ruina de las murallas asaltadas?

¿por qué, mis dos *únicos amigos políticos*, que tuvieron siempre una confianza ciega en la extraña lucidez de mi Visión, y de mi Pre-Visión, me oyeron en todas ocasiones,

---

(*) En un reciente folleto del coronel, Olmedo Alfaro, publicado en New York, figura una carta, que el Presidente, su padre, me escribió á Roma tratando de calmar mi gran inquietud á ese respecto: es de lamentarse, que del epistolario del Gran Muerto, no hayan sido extraídas, mis cartas de aquel entonces: serían una lección de Profética.

menos en aquellas en que les anuncié la catástrofe definitiva, y los conjuré para evitarla?

iban al abismo, cegados por la Fatalidad, antes de ser cegados por la Muerte;

tal es, la ceguera divina de los Héroes;

ellos ignoran los pequeños;

y, los pequeños, se vengan de esa injuriosa ignorancia;

no hay sino los pequeños, que puedan eliminar cobardemente á los grandes;

las magestades, se respetan;

no veréis un león, devorar otro león;

pero, existe la serpiente para morderlo en el talón, y las hormigas, para devorar su cadáver;

¿es un pichón suyo; ese que persigue el vuelo del águila caudal, y se le pone bajo las alas, y la pica con furor?

no; es un cernícalo;

el águila, no vé el cernícalo, no lo siente

bajo las alas; y, el águila, sangra, sangra, sangra;

y, cae muerta sobre la roca, ignorando su asesino;

no pidáis á los pequeños, que respeten á los grandes;

respeto, es comprensión;

y, los pequeños, no comprenden á los grandes; ellos, no saben sino envidiarlos;

los pequeños, no son el terror de los grandes, porque los grandes, no conocen el terror;

pero, son su peligro;

y, los héroes ignoran el peligro, ó, lo que es más aún, lo aman;

por eso caen en él, como en los brazos de un Amor;

el amor, de la Gloria, y de la Muerte;

de ese loco amor, se forma, toda el alma de un Héroe;

y, eran dos Héroes, mis dos únicos amigos;

aquellos, á quienes anuncié la catástrofe y no me oyeron;

yo, conjuré desde New York, á Crespo, á no salir á la campaña, donde sería ultimado por los asesinos, á sueldo de Zoilo Bello Rodríguez, é Ignacio Andrade, que querían eliminarlo;

José Ramón Núñez, Secretario General de Crespo, celoso de una influencia que yo no estimaba en nada, interceptó, mi correspondencia;

y, Crespo salió á la guerra;

el *asesino oficial*, lo esperaba, en lo alto de un árbol, y la acechanza de la «Mata Carmelera» dió en tierra con el Héroe formidable, cuya caída, hizo temblar la selva; y el grito de Hecuba, pareció llenar de nuevo, con su lúgubre sonoridad, el triste corazón de la montaña;

¿qué Ignacio Andrade, fué el Leonidas Plaza, de aquel drama abominable de la ingratitud, bajo cuyo peso, había de caer, después, condenado á ir de playa, en playa, fantasma de Liliput en destierro, ó microbio galoneado, ocultando sus manos ensangrentadas, bajo sus guantes de Embajador?;

¿qué Zoilo Bello Rodríguez, fué el Yago, sombrío, que armó al tirador aleve, cuyo nombre no repite la Historia, por temor de mancillarse?

sea;

pero, fué José Ramón Núñez, consejero torpe, y desleal, quien empujó á Crespo, violentamente, en el sepulcro;

él, lo empujó al abismo; y el abismo lo devoró;

Veritas, est, quod, est;

¿qué consejero maléfico, indujo á Alfaro, á protejer la candidatura de Leonidas Plaza, y á escoger á ese soldado obscuro, sin

nombre y sin prestigio, para sentarlo en el Sillón Presidencial, confiándole el cuidado de mantener intactas las gloriosas conquistas de su espada?

yo, no lo sé;

ello, es, que Alfaro, no me oyó, y Leonidas Plaza, fué hecho Presidente.

XIII

El calvario de Alfaro, principió, al pie de las gradas, del solio presidencial, que descendía;

al salir del Capitolio Nacional, Alfaro, no vió ya, sino espaldas vueltas hacia él; y cabezas cubiertas, con una insolencia igual, á la sumisión, con que antes se habían inclinado reverentes á su paso;

la ingratitud, es el alma, de las democracias, y cuando á ella, se añade la traición, el abandono de aquéllos, que han salvado á esas democracias, es completo;

y, Alfaro, marchó, sintiendo ensancharse ante él, los límites de la Soledad;

pero, en la ciudad, capitolina, y, nada más, que en la ciudad capitolina, donde él, Imperio del Báculo, hizo siempre sombra al Imperio de su Espada;

Alfaro, no fué, como Pompeyo, á morir en las playas del destierro, bajo la cuchilla de un esclavo vendido;

su vencedor, no se llamaba César, y el campo de la Traición, no se llamó jamás, Farsalia;

no fué tampoco, como Aníbal, á vagar de playa, en playa, defendiendo su corazón, del puñal de sus contrarios;

nó;

se refugió, en la gran fortaleza del liberalismo ecuatoriano, en Guayaquil, la ciudad anadiomena y leal, á la cual parece atado, el carro de los destinos futuros de la República;

la Miseria, y la Soledad, rodearon al gran Vencido, como dos muros infranqueables,

que las persecuciones oficiales, erizaban de hostilidades;

no, es deshonrar, sino engrandecer, la gloria de Alfaro, decir que vivió durante este tiempo, de la generosidad de sus amigos;

él, por entre cuyos dedos, había corrido, como un Pactolo, el oro de las arcas nacionales, recibía, en sus manos puras, el óbolo, de la amistad, conmovida de tanta gloria;

aquel anciano, perilustre, que había sacrificado millones á la Libertad, no tenía, un techo suyo, bajo el cual, amparar, su miseria, y su dolor, y el sueño de los suyos;

su esposa, y sus hijos, que no sabían, sino de las tristezas del destierro, lo cercaban con su amor, como un rosal heroico, que protegiera el sueño, del viejo león vencido;

Leonidas Plaza, lo perseguía, con una azaña, creciente, que no se detenía, ante ninguna forma de bajeza;

el veneno, la asechanza, el motín, todo lo ensayó contra él; y, en todo fracasó;

Plaza, pertenece, á esa raza de seres, que se creen en el deber, de no perdonar jamás un beneficio;

su vida, no puede decirse, que haya sido una rebelión, contra el Honor; sino una ignorancia absoluta de él;

no lo ha violado jamás, porque no lo ha conocido nunca;

todos los caminos de la virtud, aparecieron cerrados, ante aquel salteador taciturno y taimado; no halló abierto, sino el del delito, y entró por él, con una voracidad miedosa, de lobo desmadrado;

Leonidas Plaza, es la enorme vaca andrógina, hecha para desconcertar por igual, todos los cálculos de la Zoología, y todos los postulados de la Etica;

pertenece, á ese grupo reducido de seres, nacidos para hacer enrojecer la Historia;

en la escala tetarológica, Plaza, no pertenece á los felinos, á los carniceros, á los grandes y terribles destructores, cuya silueta, hace una sombra de pavor, en la Historia, y en las selvas;

pertenece, á los rastreros, á los silenciosos, á los vertebrados inferiores;

es de la raza de las víperas;

no busquéis en él, ninguna forma de fuerza, que no sea la de la astucia; ninguna grandeza que no sea la del mal;

no esperéis verlo saltar en plena luz meridiana, sobre el campo del peligro, y devorar su presa;

no;

la luz, vencería á aquel anfibio extraño, que busca la sombra violácea de las aguas del pantano; mitad hiena, mitad boa;

esperadlo en la noche, en el silencio, á la hora de devorar los cadáveres;

veréis entonces, su silueta, pávida, entrar en el festín;

¿á qué escala zoológica, á qué sexo pertenece, este ser colocado por la Naturaleza. fuera de ella, y al cual, se olvidó de clasificar?

asqueroso embrión, indefinido y repugnante, ¿cómo pudo ser colocado, por el Destino, en el camino de los grandes hombres, para destruirlos?

larvado, informe, sin ninguna forma de fuerza, y con todas las apariencias de un fenómeno inservible y repugnante, ¿por cuál extraño misterio de la vida, algo así tan infinitesimal, ha podido ser tan siniestramente fatal?

áspid, invisible y ciego, nacido bajo el tacón de Aquiles, para morderlo, la Historia, encontrándose con él, no acierta á verlo; y, al descubrirlo bajo el Héroe muerto,

lo aplasta, sí, pero lo aplasta con el desprecio;

Plaza, rompe el molde de lo pequeño, para entrar en lo ínfimo;

su pequeñez, no tiene matices, como la de ciertos insectos, que algunos llegan hasta ser luminosos; es de un negro monótono de sangre y de cloaca, difícil de distinguir del lodo que lo creó;

el problema, de todas las decadencias, parece resuelto en Plaza; resuelto y no agotado;

decadencia, física, decadencia moral, atrofía intelectual; un residuo de raza en descomposición;

¿cómo, en ese átomo, de anfibio, ha podido caber un abismo, todo, el abismo del mal?

¡lo infinito, en lo infinitesimal!

¡misterios de la Psiquis!

vedlo, á la luz crepuscular y oblícua, con sus ojos llenos de ambigüedades, deslizarse por el matorral del crimen, arrastrando las patas traseras, con un movimiento de hiena en las ancas escurridas;

teme, á las grandes cimas, á los grandes árboles, á los grandes hombres;

tiembla al ruido, que su espada hace, en el jaral;

¿cómo ha podido arrastrar en pos de sí, una espada, este hombre que ignoró siempre dónde quedan los prados rojos, los ríos de fuego, y las cimas incendiadas de la Epopeya?

sólo, hay una cosa que Leonidas Plaza ignora tanto, como el Honor, y es el Valor;

el día que hubiese de levantarse una estatua á la Cobardía, Leonidas Plaza, daría el modelo, más perfecto de ella;

el Miedo; he ahí su Musa;

temblar, temblar perpetuamente, temblar

ante todo, ante los hombres, ante los acontecimientos, temblar ante el fantasma de su pasado, temblar ante la visión de su porvenir, un susulto, un temblor, un extremecimiento, contínuos, he ahí la vida azarosa y gelatinosa, de aquel epiléptico del Crimen;

otros, han sido tiranos, por ambición, asesinos por interés, criminales por venganza;

Plaza, no;

Plaza, ha sido todo eso, por Miedo;

es el Miedo, el que ha dado, á esta liebre infecta, la talla enorme de un Monstruo;

alma de esclavo, y corazón de Tirano, nadie hubo mejor para la servidumbre, que este eunuco rapaz, hecho á ocultarse bajo el lecho de su amo, con la zoga, extranguladora entre las, manos;

cuando éste liberto coronado, llegó al Poder, era feliz, como los pueblos de que

habla el Historiador; feliz, porque no tenía Historia, á no ser que se llame tal, una vida de genuflexiones obscuras, de adulaciones rastreras, de derrotas de antecámara, de este oficial de guardarropía, del cual se apartaban entonces, los ojos con desdén, sin pensar que un día, habrían de clavarse en él, fijamente, fanatizados de horror;

Plaza, no perteneció, nunca, á los amigos de Alfaro, sino á su servidumbre;

lacayo meloso, amamantado con la ración, que el Gran Proscripto, le daba; siguiólo por las playas extranjeras, como un lobo domesticado, que fingiese la fidelidad de un perro;

hubo un día, en que Alfaro, no pudo ya mantener su servidumbre; y Plaza fué licenciado;

dióse entonces, á esa vida de aventuras de garito, que lo hicieron en Centro Amé-

rica, el colega y el cómplice de una taifa de tahures averiados;

perdido en la chulería, ese genízaro feroz, sentía la necesidad, de un amo;

la nostalgia de la servidumbre lo hizo triste;

un amo, ¿dónde encontrar un amo? he ahí el problema de aquel pretoriano en huelga;

sin espada que alquilar; ¿á quién alquilaría su puñal?

Sacasa, no quiso de él, lo despidió, á pocos días de estar á su servicio;

los Ezetas, no necesitaban, de asesinos, sin valor; se bastaban ellos solos, y tenían á su servicio genizaros, cuasi heroicos;

¿á dónde iría aquel deshecho de esclavo, en busca de un mendrugo?

pensó en Costa Rica; y allá fué;

reinaba Ignacio Iglesias, que había here-

dado de su suegro, el girón de lienzo, que le servía de púrpura;

vanidoso, pueril, ensimismado, este cartagines diminuto, se soñaba perseguido, y tenía necesidad, de un guarda-espalda;

vistió á Plaza, galoneó á Plaza, enchamarró á Plaza, é hizo de Plaza, un mameluco vistoso, que cargaba en pos de sí, por las calles de San José;

unos, rieron de él; otros, tuvieron miedo de él;

el matamoros de alquiler, no encontró á nadie á quien matar por la espalda, y le asaltó el temor, de llegar á ser inútil;

entonces, se hizo delator;

y, los costaricenses, se vieron sorprendidos, por aquel arte domiciano, importado de lejos, en la lengua de aquel espía, taimado y venenoso;

nunca el espionaje de un lacayo, revistió formas más infames, que en aquel liberto

cosmopolita, que temblaba delatando sus víctimas, por cada una de las cuales, cobraba un estipendio;

como un mendigo leproso, vive de sus llagas, Plaza, vivió, de la infamia de su oficio;

la una mano, la extendía para señalar, á aquel que delataba, la otra, la extendía, para pedir, el premio de su delación;

¿ocupadas, en esta infame tarea, cómo podrían haberse defendido, aquellas manos, el día en que el delator, fué abofeteado en público, y herido á cintarazos, con la hoja de su propia espada?

las manos mercenarias, no supieron defenderse, y si el rostro abofeteado enrojeció, no fué por cierto, de vergüenza;

descubierto, en su cobardía, el centurión, habituado á volver la espalda, al enemigo, en los campos de batalla, la volvió también, á su adversario, en ese campo del honor;

y, huyó despavorido;

entonces, como siempre, no supo sino huir;

es así, envuelto en el polvo de las derrotas, que se le vé, cruzar el sendero de la vida;

un hombre de honor, á quien se hiere, en una mejilla, no pone la otra, sino, sus dos manos juntas, en el rostro del contrario;

Plaza, no supo devolver el ultraje, sino, volver la espalda, en cuya parte inferior, está habituado á recibir, todos los puntapiés y todas las caricias;

Iglesias, no sintiéndose protegido por aquella cobardía, licenció al pretoriano, hecho ya inútil, por su falta de valor;

¿á dónde, iría á refugiarse la sierpe fugitiva?

al lado de Alfaro, sobre el corazón mismo de Alfaro, explotando la miseria misericordiosa de Alfaro;

y, cuando Alfaro, marchó al combate, Leonidas Plaza, fué tras él, en la impedimenta de sus ejércitos;

y, cuando Alfaro, triunfó, Leonidas Plaza, entró en la servidumbre de aquellos triunfos;

y, allí vejetó en la inercia, hasta que la mano de Alfaro, vino á sacarlo de su obscuridad, no interrumpida hasta entonces, sino por el ruido de sus cadenas, ó la voz de sus delaciones;

y, se aprestó, á denunciarse á la Historia, por sus crímenes, como otros se denuncían, por el estrépito de sus batallas.

XIV

Así, surgió Plaza, en la mano de Alfaro, como una sierpe enroscada, en el brazo hercúleo, de un domador;

la elección de Plaza, fué el error de Alfaro, la falta de Alfaro, ó digámoslo, más francamente; el único crimen político de Alfaro;

y, Plaza, se encargó, de hacer expiar ese crimen al Gran Vencido, con la persecución primero, con la muerte, al fin;

Plaza, no tuvo, sino una política; perseguir á Alfaro, eliminar á Alfaro;

pero, Alfaro, caído en la Adversidad, era más grande que Plaza colocado en el Poder;

el coloso caído en el polvo, hacía temblar al pigmeo, encaramado en el sólio;

la cabeza de la Esfinge, sepultada bajo la arena, daba miedo, con su mole, al chacal, asqueroso, que husmeaba, en la noche negra;

fué, un duelo de cuatro años;

no se pudo, asesinar á Alfaro, y Plaza, tuvo que contentarse con hacer insultar á Alfaro;

legiones de foliculares venenosos, tuvieron su festín;

todos los foraminados de la prensa, acudieron á él;

no hubo pustula cancerosa, que no se ofreciera, para aquella orgía, del insulto;

carne de gloria devoraron;

y, ensuciaron los laureles, que no pudieron destruir;

no hubo entonces, sino una pluma, para defender á Alfaro, en playas extranjeras;

la mía;

yo, que no lo había ensalzado en el Poder; yo acudí sólo á defenderlo en su infortunio;

dejé la Europa, y fuí á New York;

allí fundé «Némesis»;

y «Némesis», fué como años antes «Hispano América», el hogar intelectual del Gran Vencido, y el defensor, de las glorias liberales, traicionadas y vendidas;

y, notad, esto; yo defendí á Alfaro, antes de vencer, cuando la miseria lo circuía por todas partes, y sus manos puras, no tenían, nada que dar;

Alfaro, llegó al Poder, y, yo entré en el silencio;

seis años de poder suyo, y, seis años de silencio mío;

mostrad, una sola línea mía, escrita en su favor, mientras él disponía de los favores: no la hallaréis;

cae, Alfaro, del Poder; salgo, yo del Silencio;

su único amigo, su único defensor ante el Mundo, en esa hora crepuscular y gris de su derrota;

vuelve Alfaro, al Poder, y, vuelvo yo al silencio; y doy la espalda á su Victoria; ese es un gesto habitual en mí, que no sé cortejar sino el Dolor;

nuevos años de poder de Alfaro, y nuevos años de silencio mío;

no salí, de ese silencio, sino dos veces; una, para escribirle una carta, contra su política, carta que él publicó, por razones que no me explico todavía, y otra un artículo, en «Némesis», tan cruel, contra la situación ecuatoriana, que puso en peligro nuestra amistad;

cae, Alfaro, muere Alfaro, y surjo yo, á defender, la sombra augusta de Alfaro;

aquí, de vosotros, galgos aulladores, que

lamíais las manos generosas de Alfaro; aquí de vosotros, trailla bullanguera, que os hartábais de las raciones oficiales, ¿dónde estáis? las perreras de Plaza os poseen ahora; si os sueltan, váis á lamer la sangre del Egido, y á aullar contra el gran muerto;

algunos de vosotros, sabuesos con entorchados, sois hoy, la voz de la jauría presidencial;

genízaros panfletarios, venidos de muy lejos, para escribir, con la punta de la lanza de Longinos, la leyenda de vuestra infamia sobre el pecho del Mártir; ¿qué os hizo, ese corazón de Misericordia que protegió vuestra miseria anónima?

mercenarios, hechos á deshonrar todos los metales, que después de haber deshonrado, el acero de la espada, ciñiéndola sin valor, deshonráis el acero de la pluma, esgrimiéndola sin talento; ¿no os basta haber sido los condotieres de la Traición, y aspiráis á

haceros también los condotieres de la Calumnia?;

legionarios de Semíramis, ungidos libelistas, por sus manos asquerosas; ¿no sentís, un momento de vergüenza, cuando vuestro amo de hoy, os suelta para ir en la noche negra, á aullar contra vuestro amo de ayer, y roer sus huesos insepultos?

si yo quisiera deshonrar la publicidad, os nombraría;

prefiero deshonrar el silencio, arrojando en él vuestros nombres, como se arrojaban al *Spolarium*, los huesos anónimos de los antíguos esclavos;

entre tanto, continuad en insultar, la Tumba Sagrada; sobre la cual se tiende, un manso vuelo de Aguilas...

las mismas, viejas águilas nómades, que volaron, sobre la tumba de Escipión.

XV.

UN día el apogeo, del insecto tuvo fin;

la larva coronada, sintió que el sol, moría en su horizonte, en una dilusión apresurada de prestigios;

y, la noche avanzaba;

la negra noche, inapelable, de la abdicación, y del Olvido;

era necesario resignarse á desaparecer del escenario fastuoso;

una tristeza, profunda y cómica, de bailarina envejecida, obligada á dejar la escena, poseyó á Plaza;

arguyó, chicaneó, suplicó, pero fué en vano;

las lanzas de sus sicarios, lo empujaban por la espalda, prontas á atravesarlo, si no dejaba el sólio concupiscente, para las delicias de un nuevo amo;

¿cómo hallar un epílogo digno al reinado de la larva?

eso preocupaba, enormemente los parásitos oficiales;

dar un sucesor á Plaza...

eso, que físicamente, era imposible; políticamente no lo era;

y, pensaron en eso;

y Plaza temblaba;

¿es, que iba á pasar, á desvanecerse, á morir, ese sueño encantador, y sensual, que había sido su poder?

no más indios enchamarrados, no más Narcizos édecanes, no más oro, de las arcas nacionales, no más genuflexiones, no más orgías...

tardes plácidas, de Adriano, sombra amante y bella de Antinoo...

noches neronianas, llenas, todas, del aliento brutal de cocheros palaciegos como Pitágoras, y de las siluetas melancólicas de los mutilados como Eporo;

las fantasías ninivitas, iban á desaparecer, con su cortejo, de delatores, de verdugos, y de espías;

Augústulo, empujado por la soldadesca, iba gradas abajo, de su trono, de opereta;

sus amigos, lo obligaban á descender;

necesitaban un nuevo amo;

aquel pelafustán afeminado, comenzaba á inspirarles asco;

entre ellos y él, no había, sino un sólo nexo: la Traición;

buscar uno, que perpetuara, ese sistema abominable, era toda la política del momento;

y lo hallaron, entre los cargamentos de café, que llenaban los muelles de Guayaquil;

Lizardo García, fué hecho persona, y Leonidas Plaza, se convirtió en fantasma;

se borró, se esfumó, desapareció, detrás del mulato cafetero, que le sucedía en el solio;

obtuso, obscuro, insignificante, con una vanidad africana, y, una insuficiencia lastimosa, el sucesor de Plaza, fué, menos que nadie en el Poder; una sombra, sucediendo á otra sombra, en esa dinastía de traidores;

Lizardo García, se apresuró á legitimar, su elevación, por la Ingratitud, y su Poder, por la cobardía, persiguiendo al anciano, desarmado y generoso, cuya gloria lo hacía temblar;

Alfaro, resistió, impasible, los ultrajes del nuevo amo, cuya bajeza plebeya, no alcan-

zaba á entristecer, la nobleza, hidalga y altiva de su corazón;

García, como Plaza, estaban más abajo, del desprecio de Alfaro;... más abajo;... en la zona donde el desprecio, de los grandes, se convierte en misericordia hacia los ruines;

Lizardo García, era un Cresus, de arrabal, megalomano y pueril, que pontificaba de estadista, en la absoluta carencia, de personalidades financieras, que caracterizaba el círculo, de los acéfalos de Plaza;

personaje anodino, incoloro, ilúcido, y sin prestigios, éste comerciante de abarrotes, no habría sido, capaz de ser fatal, si un ciego fanatismo religioso, no lo hubiese asaltado, en el Poder;

el Arzobispo de Quito, y sus secuaces, no tuvieron obstáculos, para dominar aquella alma que siempre les había pertenecido, y explotando su ignorancia oleaginosa, y su

étnica debilidad, lo hicieron prisionero de sus redes, y organizaron con él, una conjura clerical, que puso en serio peligro, las conquistas liberales, que la traición de Leonidas Plaza, no había logrado destruir del todo;

el Partido Liberal, se alzó, como un sólo hombre, para expulsar del Capitolio, á aquel guiñapo de hombre, que se ocultaba, bajo aquel guiñapo de púrpura;

el viejo león, salió de su guarida;

Eloy Alfaro, se puso al frente, de los ejércitos liberales, y en pocos días, en una serie vertiginosa de victorias, escaló las cimas y llegó de nuevo á Quito, confundiendo, con las llamas del Pichincha, su penacho de Héroe Vencedor;

Lizardo García, cayó abrazado á su escapulario, mascujeando rezos en su dialecto mambís, y escapó, perdonado por Alfaro, que nunca supo mancillar la Victoria, con

la Violencia, y protegió en su huída, al pobre negro vencido, que pudo salvar su vida y sus riquezas, y entrar feliz en la obscuridad, de la cual un torpe juego de la suerte, lo había sacado;

el pululamiento de cretinos degenerados, que hacía imposible el reinado de toda dignidad, desapareció con Plaza, y con García, y el Imperio de la Libertad, no fué ya puesto, por más tiempo, en almoneda;

Plaza, que había venido de Washington, para *salvar* á García, no tuvo, sino el tiempo preciso, para saquear la Aduana de Guayaquil, y huir, despavorido, entre las rechiflas del pueblo, que no se dignó deshonrar sus manos, en aquel prófugo venal, indigno de todo, hasta de la muerte;

y, se refugió en New York, para arrastrar allí, de garito, en garito, su existencia de tahur, hasta perder sobre el tapete verde, la cuantiosa fortuna con la cual se había

desposado, y tener que acudir, á la misericordia de Rafael Reyes, que por entonces arruinaba á Colombia, con sus exacciones, y que, echó su puñado de oro, con desdén, en la gorra de aquel Denis fugitivo, que tendía su mano á los paseantes, y sableaba los Presidentes, diciéndoles, como el otro, á los corintios: *Moi aussi j'etè Roi;*

y, se encarnizó, en deshonrar el *sable,* en la emigración, como había deshonrado la espada, en la derrota;

la muchedumbre abyecta, que no soñaba, sino en tener un amo, se retiró del Poder, y el Ecuador tuvo un Jefe;

Alfaro, fué electo Presidente...

XVI

Me retiro, de esa cima, es la de la Victoria;

¿qué tiene que ver conmigo la Victoria?

yo, escribo siempre, de espaldas á ella;

por eso, la de Alfaro, conmovió mi corazón, pero no me sacó de mi aislamiento, ni rompió el imperio de mi soledad, ni violó mi consigna de silencio, frente á todo poder;

sólo el ruido del derrumbamiento de su fortuna, vendría un día á sacarme de ese silencio, para pasear solitario, entre las ruinas, escribiendo en los pórticos derruidos,

los dísticos dispersos de la Epopeya, esa Epopeya Alfárida, que los poetas de la Libertad, cantarán un día, en estrofas inmortales, y grabarán sobre los mármoles del futuro, orgullosos de tanta gloria;

lejos estuve yo, de ese Poder, lejos, de esa Fortuna, lejos, de esa Victoria, envuelto en el manto de mis largos destierros, de mis inviolables tristezas;...

no me mezclé, á la turba de aduladores, y de merodeadores que pulularon en torno de el Héroe; enjambre venenoso, que lo desvaneció con su zumbido, y que ocasionó, un eclipse momentáneo, del sol de su propia Gloria;

ya, no se me oiría, pronunciar el nombre de Alfaro, sino sentado á la orilla de su tumba, ante el espectáculo de sus huesos dispersados;

ya, no se me vería, escribir, su nombre,

sino sobre la loza de su sepulcro, frente, á frente con el Destino, oyendo los veredictos lejanos de la Posteridad;

lejos del tropel, de las espadas victoriosas, que un día lo circuyeron;

lejos, de los clamores, que sonaron para él, al pie de las banderas desplegadas;

lejos, en mi soledad;

despertado al clamor, de las turbas de caníbales, que de espalda á la Humanidad, devoraron su cadáver;

lejos del Potentado Criminal que preside aquellas turbas ascosas, posado como un microbio, en los intestinos, de aquel pueblo en descomposición;

sólo, frente á la Tragedia, obsesionante de su Muerte;

sólo, al pie, de la cruz, de su Martirio;

en lugares, no contaminados, por el paso de los chacales;

oyendo, lejos, muy lejos, su aullido despreciable;

dominando el horror, para escribir, la última página de su vida gloriosa;

bajo la mirada, ultravital, de sus ojos de Héroe, que ya no pueden agradecer, á aquel, que canta sus proezas;

lejos de sus manos mutiladas, que ya no pueden pagar las mercedes que se le dan; sus nobles manos, tan puras, limpias de toda traición; limpias de sangre inocente; limpias del oro fatal;

esas manos, que no estreché, sino aquella vez, en el destierro, cuando se hallaron con las mías, en el ágrio sendero de mi Vida;

mi Vida, hoy, como ayer, envuelta en el clamor absoluto de todas las intemperies;

mi Vida, hoy como ayer, hecha á prevalecer sobre las tinieblas del momento;

mi Vida, sobrecogida de espanto y de

indignación, ante este río de sangre, que, separa brutalmente de la civilización un pueblo entero;

mi Vida, pronta á cantar, el último capítulo de una Epopeya, escrita sobre el corazón sangriento de la Muerte.

XVII

ELOY ALFARO, se encaminaba al ocaso de su Poder, cargado de años, y de fatigas, tal un sol melancólico, hacia un poniente de púrpuras;

había cumplido más de ochenta años, este Agamenón, de la Democracia, marcado por el Destino, para llevar las naves de la Libertad sobre los mares tumultuosos, llenos del extremecimiento, y del esplendor, de los trópicos;

de esos ochenta años, cincuenta, habían trascurrido para él, entre las playas tristes del destierro, y los campos asoladores de la guerra;

sólo, diez años había gobernado su país, en dos períodos; y llegaba al final de su última Presidencia;

ningún fulgor de alba, había ya, sobre aquella cabeza, que la Gloria, había besado con tanto amor; y en torno de la cual, se aglomeraban todos los crepúsculos, como sobre una cima en la tarde;

¡esa cabeza, sobre la cual, la Muerte, había detenido el vuelo lento de sus alas, como temerosa de destruir, tanta grandeza;

un horizonte, implacable y sin mansedumbres, se extendía en torno de aquella existencia, de combates;

el apaciguamiento supremo, que precede al beso de las grandes noches, parecía rebelde á venir sobre aquel Grande Hombre, bajo cuyas botas de campaña, estaban, siempre dispuestas á brotar las tempestades;

el eco de las tormentas lo seguía, con un tumulto ululante;

el hombre de acero, parecía no sentir las borrascas, tanto así estaba habituado á su contacto;

cumplidor extricto de la Constitución, guardián celoso de los principios que había proclamado en el destierro, y había grabado en los códigos fundamentales, con la punta de su espada victoriosa, se aprestaba á descender de la alta Magistratura Nacional, cumpliendo el principio inalienable de la alternabilidad;

para Alfaro, la Ley, no era un Mito; la Ley, era un Dios;

ese hombre, que no adoraba nada, adoraba la Libertad;

y la Ley, era, á sus ojos, la expresión escrita de la Libertad;

las Ideas, ocupaban tan amplio campo en la mente de Alfaro, que lo ofuscaban, lo cegaban, lo extraviaban, en su alto Imperio brumoso;

¿ir, contra un principio liberal?

eso, le era físicamente imposible; sus pies, no habrían sabido moverse, en esa dirección;

¿herir, con su espada, una Idea, una sola, de esas ideas liberales, á las cuales había consagrado, su Vida?

su mano, se habría hecho polvo, antes de intentarlo;

violar la Libertad, era á sus ojos, un crimen mayor, que violar su propia madre dormida;

quedar en el Poder, más allá del límite constitucional, le habría sido, odioso y terrible, como una traición á su propia Vida;

ese Rubicón, de los facciosos, no sabía pasarlo, aquel César del Ideal;

Jefe del Partido Liberal, miró á todas partes, buscando con ojos azorados, á quién confiar el precioso depósito;

y, sus ojos, y sus manos fueron torpes, más allá de toda torpeza;

como si hubiese sido, herido de cesidad, sus manos seniles se posaron, en una víbora dormida, á la sombra de su corazón;

esta vez, como otra vez, la mano de aquel Cristo de la guerra, se puso sobre un pálido Judas de la Infamia;

y, su elección se detuvo, en Emilio Estrada;

elección fatal, de aquel domador de pueblos, que no fué nunca, un conocedor de hombres;

si la obscuridad, era un título, á la grandeza, Emilio Estrada, era un hombre grande;

ningún rayo de Gloria, hacía nimbo, sobre aquella cabeza obscura, huérfana de toda aureola, intelectual, ó bélica, que pudiera denunciarlo, á la atención, de sus contemporáneos;

era, como todos, los mediocres, un celoso audaz de toda grandeza, y, un envidioso tenaz, de toda superioridad;

su pequeñez, le servía, á la vez, de escudo, y de escabel;

fué encaramado sobre ella, que pudo hacer sombra, á la candidatura popular de Flavio Alfaro, condenada á la derrota, en los designios del viejo doctrinario, por el solo hecho, de ser su pariente, muy cercano;

y, Estrada, fué hecho candidato liberal, á la Presidencia de la República;

hombre inferior á todo, hasta á su propia ambición, no tuvo grande sino su Ingratitud, y, no perdonó á Alfaro, su elevación, como otros no le perdonaron su hundimiento;

apenas electo Presidente, se apresuró á volverse contra Alfaro, insultándole por haberle dado la Victoria, con el furor implacable, de aquel que castiga una Derrota;

este Plaza, sin charreteras, Catilina, sin

palabra, astuto y sin valor, incapaz de ser Jefe de partido, se hizo Jefe de facción; antes de deshonrar el Poder, deshonró la conspiración, entrando en ella, como si no quisiese llegar á la celebridad, sino á través de la Ignominia;

incapaz, de ser Jefe, de ciudadanos, se hizo Jefe, de pretorianos; incapaz, de entrar en la legalidad, entró en el tumulto, y no sabiendo abrazarse al Honor, se abrazó furiosamente á la Traición;

un grupo de soldados, sin honor, y sin bandera, mercenarios envilecidos, de esos que en el Ecuador, parecen haber hecho pacto con la Traición, como si hubiesen jurado, al pie de la estatua de la Venalidad, no salir nunca de ella, se vendió al oro miserable, y doce días antes de dejar Alfaro el Poder, se lo arrebató, en un motín siniestro, que preludiaba ya, las asonadas de Enero; . . . . . .

los genízaros ébrios, arrastraron, por el suelo, la Constitución, antes de arrastrar al Glorioso Fundador de ella;

Alfaro, escapado, al puñal de los conjurados, se refugió, en la Legación de Chile;

la sedición vencedora, no pudo dar á su crimen, las proporciones desmesuradas, que luego diérale;

el oro de Emilio Estrada, repartido en profusión, no pudo obtener entonces, la sangre del Gran Ecuatoriano, cuya sombra entristecida, llena con los prestigios de su Gloria, los días presentes, y los horizontes indecisos, de los días, por nacer;

y, Alfaro, que había redimido el Ecuador, abandonó el Ecuador, pobre, miserable, y vencido;

se refugió en Panamá;

la soledad, y la penuria, lo rodearon como dos mares inclementes...

su honrada pobreza, era tan grande, que á pocos días de llegar al Istmo, se vió á un miembro de su familia, acudir con las joyas de ésta á un Monte de Piedad, para pagar los gastos de Hotel, de aquel proscripto, que no se atrevía, como Belisario, á tender su mano á los pasantes;

¿dónde, encontrar en nuestras democracias, un ejemplo de igual integridad?

¿no vemos los proscriptos de su propio crimen, ostentar, la insolencia de sus riquezas, ante la pobreza gloriosa de aquel proscripto de su propia virtud, ante el cual parecía faltar la tierra, y el desamparo, extender, su dominio de dolor;?

Porfirio Díaz, *Tirano*, millonario en Europa;

Coccobolo, *Tirano*, millonario en Europa;

Cipriano Castro, *Tirano*, millonario en Europa;

y, Alfaro, *Libertador,* casi mendigo, en una playa del Pacífico...

ellos, habían violado la Libertad;

Alfaro, la había, fundado;

ellos, habían, oprimido á un pueblo;

Alfaro, lo había libertado;

ellos habían desgarrado su Patria;

Alfaro, había honrado la suya;

ellos, habían, retirado de las arcas nacionales, sus manos, manchadas de sangre, y llenas de oro;

Alfaro, tenía, las manos puras; sus manos ya temblorosas de ancianidad, y necesitadas de un socorro;

y, este espectáculo tan sublimemente heroico, no conmovió, ni á los hombres, ni á los pueblos;

éstos, no merecen, sino los amos que tienen;

pueblos, que devoran á sus libertadores,

¿qué, otra suerte pueden merecer, que ser devorados, por sus opresores;?

tan viles, son, que devorarlos, es honrarlos, y oprimirlos, es deshonrar el metal de la cadena.

XVIII

Emilio Estrada, murió á pocos meses de llegado al Poder, no habiendo tenido el tiempo de deshonrar, usándola, su prodigiosa Imbecilidad;

fué, inútil, tan inútil, como su crimen;

el Destino, no había dejado á este pobre hombre, ni siquiera el triste privilegio de ser fatal;

los pretorianos del once de Agosto, que habían hecho de la Traición, una Institución, una Orden Militar, fundada por ellos, para deshonra de las armas, proclamaron, sobre sus lanzas bárbaras, y sobre sus escudos mercenarios, un nuevo Amo;... Carlos Freile Zaldumbide;

¡paso al Monstruoso Asesino!

dejad, ascender al Capitolio, la burra de oro, convertida en tigre; ¿no véis, como le crecen garras bajo las pezuñas?

su enorme asnalidad, se hace trágica, como si el Leviatán, ébrio de sangre, se hubiese encarnado, bajo la piel, de aquel jumento enfurecido;

dadme, una virtud, una sola, para adornar con ella, el alma de este hombre, y yo lo absuelvo;

¿por qué su absoluta acefalía mental, no avanzá un grado más, y lo hace completamente idiota? eso, lo salvaría;

en esa zona neutra, de bestialidad indecisa, comprendida todavía dentro de los límites de la razón, aunque sea ésta una razón embrionaria y confusa, la Historia, lo halla temblando y ensangrentado, al pie de su Crimen, miserable, como Claudio, pero todavía, más imbécil que aquél, sin un sólo resplan-

dor, de inteligencia, en el horror, de su pavorosa animalidad;

este hombre, está, por debajo de todas las pasiones, que lo dominan, y es inferior, á todos sus instintos, hasta al del Miedo, que lo hizo criminal;

es tan insondablemente, pequeño, y repulsivo, que al asirlo con su crimen, se siente la impresión, de aprisionar, un insecto baboso, entre las manos;

jesuíta, gelatinoso y corrompido, pasa por la Historia, presidiendo una banda de asesinos, de los cuales, no es al fin, sino un abominable maniquí;

produce la impresión, de una zoga, de un cuchillo, de un instrumento de tortura y de Muerte;

pertenece, á la especie, ínfima, de los déspotas; á la de aquellos, que son incapaces de dirigir los acontecimientos, y no hacen sino sufrirlos;

toca, á las cimas, del Crimen, sin adquirir, su trágica grandeza;

permanece pequeño, en aquella intemperie, como una culebra, domina sobre una cima desnuda;

repugnante de horror;

alma de sacerdote y de verdugo, ejerce la primacía del asesinato, y, cometiendo el crimen más grande de la Historia, no logra sin embargo, salir de su deplorable pequeñez;

un áspid, puede matar á un león, mordiéndolo en los talones, pero no por eso, se hace gigantesco;

permanece pequeño, invisible, casi borrado, por la sombra del león muerto;

hay momentos en la Historia, en que el Crimen, desciende tanto, que se podría declarar su reino en acefalía;

entonces, surge algo, como un vapor inconsistente, brotado del seno obscuro de la

Nada; la tiniebla se condensa, y un fantasma enloquecido, aparece, actuando en el fondo, de los acontecimientos;

tal fué, ese momento histórico, en que, tras de la muerte misteriosa de Emilio Estrada, surgió Freile Zaldumbide al Poder;

la dinastía, del idiotismo, no fué, interrumpida, y en esa orfandad de la púrpura, este microcéfalo atroz, se envolvió en su lepra pútrida, como en un manto rojo de victoria;

el historiador vacila, en aplastar, este gusano miserable, sobre la propia lepra de su crimen;

¿cómo, puede ser espantoso, algo así tan ruin, desprovisto, de toda forma visible y tangible, que no sea la de su animalidad?,

¿cómo, este átomo, puede ponerse un momento, entre la tierra y el sol, para llenar con su sombra, la superficie de un pueblo?

¿valor,? éste, hombre, se llama el Miedo;

¿talento? ese hombre, se llama la Idiotía;

¿virtud? este hombre, se llama el Crimen;

¿cómo, entonces, pudo reinar?

¿cómo, pudo ser tan extraño, tan enorme, tan ruidosamente fatal?

preguntádselo al Destino;

él, no os dirá su secreto;

ese secreto, que consiste, en romper un mundo, bajo el peso de una larva;

hay hombres, microbios; Freile Zaldumbide, es uno de ellos;

¿conocéis algo más terrible que el reinado del Microbio?

él, es el padre, de la Epidemia y de la Muerte;

el reinado de la Desolación;

y, Freile, fué eso... el bacilus del Asesinato;

y, todo, lo asoló;

los acontecimientos, le dieron, el imperio efímero de un día;

y, él, hizo de ese imperio fugitivo, algo estable y definitivo, como una región maldita; hizo una Efeméride de Oprobio;

el Microbio, tuvo el poder de desatar un diluvio de sangre, y se hizo rojo, bajo él;

¿cómo, puede encarnarse así, en un solo ser, lo horrible y lo despreciable, de manera que el horror del Crimen, no alcance á matar, el desprecio que inspira el cirminal?

el poder fugitivo, de Freile Zaldumbide, fué el estercolero de una hora; en él, depusieron su fiemo, todos los pájaros del Espanto, de la Destrucción y de la Muerte;

la sangre, cubrió el estercolero, y las larvas, perecieron ahogadas, por la sangre que hicieron verter;

Alfaro, ¿he de repetirlo? fué, incompleto, como político, porque le faltaba, la gran ciencia, en el manejo de un Estado... el conocimiento de los hombres;

á ese respecto, podría decirse, que toda su ciencia, consistió en errar;

no acertó jamás;

fué, un forjador de cuchillos, contra su propio corazón;

él, hizo á Plaza;

él, hizo á Estrada;

él, hizo á Freile Zaldumbide;

con la misma mano generosa y torpe, con que recogió á Plaza, mendigo en las calles de Bahía, y sacó de detrás de un mostrador de Guayaquil, á Emilio Estrada, extrajo de los yermos de un páramo, cercano á Quito, á Carlos Freile Zaldumbide;

á todos tres, les dió el Poder;

y todos tres, le fueron fatales...

cretino ensimismado y agreste, bellota de las tierras áridas, que circundan la capital, Freile, era una flor preciada, de esas indiadas, agrícolas y comerciales, que forman,

las altas clases de nuestras democracias superandinas;

allí, lo encontró Alfaro; lo sacó de su agro, solitario, y creyendo hacer un robo, á la Compañía de Jesús, lo incrustó en las filas liberales, en las cuales entró, sumiso, abyecto, ceremonioso, siempre reverente, siempre inclinado, siempre genuflexo, poniéndose la mano sobre el pecho, para hacer juramento de fidelidad, mientras apretaba con cariño, el escapulario que cubría su corazón cobarde de Traidor;

Alfaro, lo hizo todo, Diputado, Senador, Ministro, y por último Vice-Presidente, de la República;

lo hizo todo, pero no pudo hacerlo hombre de honor;

eso, se nace;

durante el último período presidencial de

Alfaro, Freile fué Vice-Presidente, perpétuo de la República, y muchas veces, Encargado del Poder Ejecutivo;

fué, como Vice-Presidente de Alfaro, que encabezó contra éste, el motín pretoriano, del 11 de Agosto, para arrebatarle el Poder;

y, fué, como Presidente, de un Congreso, que ya no existía, y, sin otro título, que el de Ministro de Hacienda, que usurpó el Poder, á la muerte, de Emilio Estrada;

el Traidor, se hizo Usurpador;

y, añadió, un nuevo crimen, á esa, constelación de crímenes, que es su vida;

el General Montero, se alzó, en Guayaquil, en su calidad de Ministro de Guerra, contra la Usurpación del Ministro de Hacienda, que no tenía otros títulos, que el favor, de los clericales, en acecho, y las bendiciones, apostólicas, del señor, González Suárez, Ar-

zobispo recalcitrante, y alma verdadera de esta intentona de reacción;

y, la guerra civil, estalló entonces, sobre aquel campamento de traidores.

XIX

ALFARO, yacía, vencido, y proscripto, en Panamá, á la orilla del Mar, que retrataba en sus olas, su cabeza octogenaria, á la cual hacían un halo, los pájaros, migratorios del Ensueño;

como Mario en las paludes de Mintournes, Alfaro, dialogaba con el mar, como con la única grandeza, gemela de su Gloria;

el Gran Vencido, no esperaba tal vez, sino morir;

morir, sobre las ruinas de su propia Obra;

triste morir;

pero, he ahí, que un día, la voz de la Patria, llega á él, clamorosa, imploradora, angustiosa;

la Patria, llama á su Héroe;

el Héroe, pone oído atento;

oye, el clamor de la Patria; y su alma que no envejece, siente los furores de antaño;

y, el Héroe, se prepara á partir;

¿á combatir?

no;

á pacificar;

va, á interponerse, entre los partidos contendores, y á extender sus brazos, misericordiosos, frente á las facciones en delirio;

¡inusitado ejemplo de heroismo, del viejo león andino, frente al cobarde espectáculo, de estas hienas pávidas, que deshonran el destierro, en las playas europeas;

cae, Porfirio Díaz, la puma, prófuga;

se alzan sus amigos, para vengarlo;

triunfan, sobre el cadáver de Madero;

y, llaman, al viejo Dictador;

la fiera acobardada, se niega á partir;

incapaz de abandonar, el confort parisiense, abandona, miserablemente á sus partidarios, temeroso de sufrir, la misma, suerte que él reservó á los treinta y dos mil mexicanos, asesinados por su orden, en los cadalsos, en las prisiones, y en los caminos, durante su ignominioso predominio;

cae Cipriano Castro;

un día, sus amigos, instigados por él, se alzan en guerra, y lo llaman;

y, ¿él,?

se oculta, en los alrededores de Dresde, haciendo anunciar un desembarco, que no se realizó jamás;

el miedo, lo inmovilizó;

la sombra de Antonio Paredes, y las de sus diez y siete compañeros, asesinados por su orden, en las soledades del Orinoco, extendían hacia él, sus brazos vengadores, y el espectro de los muertos, heló de espanto, á aquel espectro de Tirano;

y, sus amigos, perecieron, sin ver de nuevo, el caballo de batalla, en el cual, pasaba jinete, el fantasma de Atila, convertido, por el Miedo, en el espectro de un mono;

¡cómo crece, frente á la cobarde pequeñez, de estos héroes del botín, de estos exactores de pueblos, el coraje indomable, y el empuje bélico, de aquel Libertador octogenario, de aquel Héroe auténtico, creador de nacionalidades y de pueblos, al cual, falta, en Panamá, el dinero preciso para embarcarse, para su Patria, á ofrendarle, el último de todos sus sacrificios: el de su Vida;!

Alfaro era, como todas las grandes almas, rebelde á la voluptuosidad de la quietud, á la calma, en las aguas estancadas de la inercia;

el amor de la Gloria, estaba vivo y palpitante, en aquel corazón, en el cual la vejez, carecía del poder de reducir á vestigios, ninguna cuerda noble, en las cuales, las dianas

de los combates, continuaban, en sonar violentamente;

y la voz de la Gloria, lo llamaba, por boca de la Patria ensangrentada, por boca de la Libertad amenazada;

¿cómo resistir, á la llamada de la Libertad, él, que había recorrido el áspero sendero de su Vida, guiado por el canto de esa Sirena, oculta en un bosque de laureles?

el terrible poder de lo heroico, fascinante y envolvente, con la fascinación, y la atracción, de una llama, rodeó su corazón;

escuchó absorto, beato, ensimismado, toda la belleza, y toda la grandeza, de aquel grito que venía de lejos, con la melodía reminiscente, escapada de los parajes, ya remotos de su primera juventud;

ante el grito omnipresente, de la Libertad, que lo llamaba, el Gran Viejo, se alzó, rígido y airado, sacudió su magna cabeza, entre cuyas canas, lucían laureles inmortales,

como una llama de oro, ceñida á la sienes venerandas; hubo en sus ojos, el enérgico brillar de los días heroicos, y las manos buscaron en el cinto, la espada libertadora, aquella espada, que sólo el Destino brutal, podría romper, después, de haber temblado, ante ella.

XX

Y Alfaro, partió;

desembarcado, en Guayaquil, su grito, no fué, un grito de guerra, fué un grito de paz;

el fundador, de la segunda República, llamó la República, á la concordia;

el fundador, del Partido Liberal, llamó, al Partido Liberal á la fraternidad;

el viejo Libertador, habló, á los pueblos de la Libertad;

en ese vasto cementerio, de almas, donde, el Honor, se había refugiado, en un puñado de valientes, que de las costas, pensaban avanzar, hacia Quito, y abatir, el torreón del Despotismo, desnudo de toda gloria, que

los jesuítas acariciaban ya, con la mano apostólica del Arzobispo González, pronta á convertirse, en una garra sangrienta, Alfaro, apareció, como un nuncio de Paz, y de Esperanza;

al desembarco del Héroe, los buitres taciturnos, de la Traición Clerical, temblaron, en los picachos de la lejana serranía, y, miraron, con espanto, hacia el Mar, de donde avanzaba aquella gran figura, pacífica y augusta; aquel Grande Hombre, que en la vaguedad del horizonte adquiría la talla de una montaña que marchase; las montañas nómades, de Shakespeare;

una selva de Gloria, que avanzase;

el silencio nocturno de las cimas, sintió, el grito del mar, que clamaba contra ellas;

y, el Pichincha, calló;

había una voz, que dominaba su rugido;

la voz, del Héroe, que volvía;

su gran grito de Paz;

y, ya no se vió, sino á Alfaro, alzando sus brazos misericordiosos, entre el Mar, y la Montaña;

inútil gesto;

inútil voz;

el delirio, de los hombres, fué rebelde, contra ellos;

la voz, del cañón, lo dominaba todo; de ella era, la hora trágica;

¿qué podía hacer entonces, la voz, del Apóstol, que venía, á predicar la Paz?

enmudecer;

¿y el brazo?

el brazo heroico, entrar en la contienda;

el duelo contínuo, encarnizado y tenaz, entre la Usurpación Clerical, de Freile Zaldumbide, Ministro de Hacienda, proclamado Presidente, por los pretorianos traïdores del 11 de Agosto, la clericalla belicosa, y las hordas monacales de Quito, y el ejército fiel, que á las órdenes del Ministro de Guerra,

General Pedro Montero, proclamado Jefe, Supremo del País, defendía la Legalidad, y las conquistas del partido liberal, amenazadas, por aquella Usurpación;

el Gobierno apócrifo, de Quito, era la Reacción Conservadora;

el Gobierno Provisorio, de Guayaquil, era la Tradición Liberal;

sobre, el pantano fétido del uno, la sombra violácea del Arzobispo de Quito, reflejaba su silueta, odiosa y tenaz, con el aspecto de un buitre, que el pálido sol de la Muerte, proyectaba en un horizonte, de desolación;

á la orilla del mar, claro y libre, lleno de divinas azulidades, la bandera de la Libertad, ondeaba, á los cuatro vientos del horizonte, y la figura prócera de Alfaro, parecía proyectarse, sobre las aguas mansas, en una enorme prolongación de auroras;

la Reacción, traidora, y clerical de Quito,

tenía, un Jefe militar, que la sintetizaba, á maravilla: Leonidas Plaza;

los pretorianos insurrectos, lo nombraron Jefe Supremo del Ejército;

se trataba de una traición, ¿cómo no había de contar ésta, con la lanza de Pentiselea, la amazona lividinosa, de todas las traiciones?

las huestes liberales, tenían un Jefe; su viejo Jefe histórico, el segundo Libertador de la República: *Eloy Alfaro;*

en torno de esa figura tradicional, un horizonte de batallas, hacía fulgores, de mar ecuatorial, bajo una féria de estrellas;

Alfaro, á los ochenta y cuatro años, se aprestaba á combatir, como á los veinte;

inmóvil, bajo los pórticos del heroismo, sin temer á la Muerte, que subía lentamente en él, como una grande alba de mansedumbre, única que había de pacificarlo;

sereno, en aquel último duelo por defender la Libertad, que había sido el Idolo de su Vida, el viejo cóndor andino, parecía dormido en las alas, de la tormenta, como un albatros en el Seno de las tempestades; tenía el hábito del peligro, como los viejos marinos tienen el amor, y el encanto, de las cóleras del Mar.

XXI

SERÍA, cobarde y cruel, culpar, ciertos grandes muertos, que en un momento de vértigo, abandonaron la Libertad, y supieron después, morir, por defenderla;

de la boca, infalible de la Historia, saldrá el veredicto, de absolución, para esas nobles almas, que cegadas por un miraje engañoso, se apartaron del viejo luchador, y fueron á combatir contra él, en cuyas manos flotaba, la bandera liberal, á cuya sombra habían vivido lidiando bajo el ala estremecida de todos los aquilones;

cerremos los ojos, sobre este vértigo, que

extravía el vuelo de las águilas, en la hora de la tempestad;

y, no estemos atentos, sino á la figura inmensa del Héroe, desgarrando, su corazón, sobre la pendiente obscura del Abismo;

así, á la aparición de Julio Andrade, (*) en los ejércitos de la Reacción Usurpadora, en esa hora misteriosa de todas las complicaciones, que en el fondo, era la hora de todas las complicidades;

¿cómo, aquella alma serena y pura, hecha de Ecuanimidad, y de Hidalguía, aquella espada limpia de toda mancilla, pudo ponerse al servicio de aquel Areópago de traidores, reunidos en el obscuro callejón del Miedo, para asesinar á mansalva la Libertad?

¡inesplicable desvanecimiento de las almas, en aquellas horas sombrías, en que todo es

---

(*) Asesinado pocos días después, en Quito, por orden de Leonidas Plaza.

juguete, de ese viento que sopla de lo desconocido, y derrumba por igual, los Imperios, y los Hombres!...

la fuerza de impulsión de la Fatalidad, se sufre, no se discute;

Julio Andrade, venía, como segundo, en el Ejército, que Plaza mandaba como primero;...

tamaña abnegación, desconcierta y ofusca;

en ciertas vertientes huracanadas de la Historia, hay que cerrar los ojos, como al paso, de los más altos ventisqueros, sobre las cimas de los Andes;

Leonidas Plaza, era el Miedo;

Julio Andrade, era el Valor;

Leonidas Plaza, se llama Felonía;

Julio Andrade, se llamaba Hidalguía;

en Julio Andrade, había algo, de Bayardo, y de Hoche;

en Plaza, hay toda el alma de Boves, sin el valor guerrero del fatídico insular;

en Andrade, había, la contextura de un «Héroe»;

en Plaza, no hay, sino la osatura de una liebre;

Andrade, era, el Caballero;

Plaza es el Asesino;

¿cómo el aguilucho orgulloso y caudal, pudo plegar el vuelo, bajo las alas, de la abutarda asustada, que descendía lentamente, de los campanarios de Quito?

dejad, otra vez, á los acontecimientos, romper con su peso, el destino de los hombres, antes, de romper su Vida;

no inquiráis, el secreto de las tempestades;

es inasible, como el viento, que las forma y las empuja;

si estaba escrito, que la Victoria, había de ser del Crimen;

¿por qué era necesario, que un hombre tan noble como Julio Andrade, viniera á hacer efectivo, ese decreto de la Victoria;?

y, Julio Andrade, bajó desde Quito, para firmarlo en Huigra, donde despedazó las huestes liberales, que combatían á las órdenes de Montero;

al Liberalismo, le fué ahorrada, la vergüenza de ser vencido por Plaza;

¡bendigamos al Destino!

Plaza, enfermo de Miedo, quedó, en Riobamba;

no avanzó, sino al día siguiente, con la impedimenta, y las ambulancias, para recibir la Victoria de manos de su segundo;

no era, aún, la hora, del asesinato, ¿qué haría Plaza en la hora del combate?

no era la hora de matar; era la hora, de lidiar, y acaso de morir;

no era, la hora de Plaza;

he ahí, porqué el General en Jefe, faltó á la lista en la batalla de Huigra;

el «león de Bulubulo», como llamaban á Montero, no tenía tal vez, más virtud mili-

tar, que la del valor, llevado hasta el prodigio, y, acaso por eso, fué vencido en Huigra, por la Táctica;

Montero, era el Jefe, tropical, atrevido y primitivo, sin otra ciencia que la del ímpetu; ir ciego á la Muerte, era toda su táctica; táctica de leones;

Andrade, era el Jefe científico; educado en Europa, y lleno de ciencia militar; su táctica, era vencer; ¿cómo? por la Táctica; ciencia de hombres;

Montero, se replegó sobre Guayaquil, esperando dar allí, la batalla decisiva, á las órdenes de Alfaro, proclamado General en Jefe del Ejército Liberal y cuyo genio militar superaba las más hábiles tácticas;

Flavio Alfaro, presentó la batalla, de Yaguachí; y puesto, fuera de combate, por una herida, fué vencido por Andrade;

Plaza, no llegó, sino en la noche, para hacer saquear la población;

¿no habéis leído, que en Africa, los chacales, siguen á los leones, para devorar, los restos de las víctimas, que éstos dejan, en pos de sí?

así Plaza;

con esta segunda victoria, Julio Andrade, firmó por segunda vez, su Sentencia de Muerte, y avanzó sobre Guayaquil;

allí, no hubo batalla;

la ciudad, se rindió sin combatir, en virtud de una capitulación, entre los jefes liberales, que defendían la plaza, y el General en Jefe, de las fuerzas gubernamentales de Quito: Leonidas Plaza;

del cumplimiento, de esa capitulación, salieron garantes, los Cónsules de Inglaterra, y los Estados Unidos;

en virtud de esa CAPITULACIÓN, Plaza, y sus mesnadas capitolinas, entraron á Guayaquil sin un tiro;

en virtud de esa CAPITULACIÓN, el General Montero, disolvió, sus fuerzas, licenció su Ejército, y se entregó confiado, al astuto *vencedor*, que ya organizaba, su pérdida;

en virtud de esa CAPITULACIÓN, Eloy Alfaro, y sus Generales, debían abandonar el país, en un buque surto en la bahía;

y, se proponían á hacerlo, cuando, una cosa insólita tuvo lugar;

el Gobierno de Quito, no aceptó, la CAPITULACIÓN, y el General Leonidas Plaza, ordenó la prisión de los vencidos, que confiados, en su honor, se aprestaban á partir;

y, este hombre, llamado á deshonrarlo todo en la Historia, todo, hasta el gesto, de Pilatos, empezó á lavarse las manos, con telegramas de coartada y de alibí; esas manos asquerosas, dadas á todas las prostituciones; esas manos que, como las de su congénere Lady Machbet, sudan sangre, sangre, san-

gre, tanta sangre, que no se secará nunca, que no se agotará jamás; que terminará por ahogarlo á él; y que caerá, gota á gota, sobre la frente de esos seres desventurados, á los cuales ha condenado, á la vergüenza de llevar su nombre.

XXII

Capitulación y no Exponsión, fué la de Guayaquil, mal que pese, á los sofismas leprosos del Doctor Carlos R. Tobar, Ministro de Relaciones Exteriores, del Sindicato de Sangre, que ejercía el Poder; canonista cínico, casuísta asalariado del Crimen, encargado de defender, con su retórica deliquescente, y su prosa arcáica y rural, el gran delito, del cual fué, cobarde Inspirador;

en una Exponsión, los ejércitos no se disuelven, las armas, no se entregan, los beligerantes, conservan sus posiciones;

¿sucedió, eso en Guayaquil?...

pero, ¿á qué hacer el honor, de discutir esta teoría absurda, de aquel sofista deleté-

reo, la más repugnante figura en ese Zodiaco de Asesinos, porque sólo él, no era un acéfalo, como Freile Zaldumbide, como Octavio Díaz, como Francisco Navarro, á los cuales amamantó para el Crimen, lactándolos con los sofismas de sangre de su verbo paupérrimo, de cura de aldea, enloquecido y fatal?...

suprimid, ese asesino togado, de los consejos del Ejecutivo Criminal; y el Gran Crimen no habría tenido lugar;

fué Carlos R. Tobar, quien metió, en el cerebro obtuso de Freile, y de los analfabetos enfurecidos que lo rodeaban, la idea de rechazar la Capitulación;

fué Carlos R. Tobar, el primer rebelde contra el honor, el primero en esbozar, esa idea cobarde, y en sugerirla, á Freile, á Díaz, á Navarro, á esas ratas rabiosas, que él, capitaneaba, y sugestionaba á su antojo;

fué, éste Sumo Sacerdote de la Fe-Púnica, el opositor encarnizado al cumplimiento de esa CAPITULACIÓN;

fué él, quien se encargó de defender, y defendió, la violación de un Tratado, con todas sus argucias de tinterillo de aldea, y su mala Fe Pública de rábula internacional;

él, era, la Pitonisa miserable, de aquellos conjurados, contra la Gloria, la única inspiración de Zaldumbide, de Díaz, de Navarro, que no tenían otro oráculo, que los dictados, de aquel viejo Zahorí, que no escapa del ridículo, sino para entrar ruidosamente en la Infamia;

él, fué el organizador técnico, de los asesinatos de Quito;

él, había, dicho en Barcelona, á un diplomático, amigo mío: «el Ecuador no será feliz, sino el día en que hayamos *quemado* hasta, el último de los Alfaros, hay que *que-*

mar hasta la tercera generación, y si alguno se sale de la hoguera, hay que empujarlo de nuevo á ella»;

cuando este diplomático, leyó en Washington, la narración, de el asesinato de los Alfaros, vió la mano de Tobar, proyectada sobre la hoguera;

Carlos R. Tobar, fué el alma de ese asesinato;

sin Tobar, en el Poder, el crimen, no habría tenido lugar, y los Alfaros, vivirían;

hombre sin elocuencia, no puede ser comparado á Dantón;

hombre, sin virtud, no puede ser comparado á Robespierre;

hombre, sin valor, no puede ser comparable á Marat;

¿á quién, comparar este fraile, loco, escapado de los calabozos del Santo Oficio?

es la cabeza, del asesinato, y sin embargo, éste no llevará su nombre en la Historia;

tan pequeño es, que el crimen mismo, se avergüenza de ser su hijo;

no lo quiere, no lo reconoce en público, como padre;

prefiere pasar, por ser un expósito de la plebe, por llamarse: *Los Asesinatos de Enero.*

protesta, el mes, brumoso y sombrío; protesta, acongojado;

tiembla el calendario, inocente, bajo esta lluvia de sangre;

lloran sus hojas frágiles; lloran, sobre el crimen, que se les imputa;

¿por qué atribuir al Tiempo, el crimen de los hombres?

la idea de violar, la capitulación, nació, en la cabeza de Tobar; cabeza flamante de odios, pavorosa de tinieblas, clamorosa de bajas pasiones, cabeza de jesuíta y de verdugo, vertiginosa en una cerebrordália de sofismas, fumosos, y cobardes;

él, sugirió, el rechazo de las capitulaciones; y él, lo impuso;

violar, la fe de un Tratado; he ahí, la *Doctrina Tobar;*

¿no lo oís ergotear con el Ministro Inglés, defendiendo su *tesis;*

era llegada, según él, la hora, de descabezar, al Parlamento Liberal; de «limpiar» el Escalafón, por la cabeza»; como le hizo decir á Navarro, en un telegrama suyo;

el viejo plutócrata y cruel, el cantor y el amigo de García Moreno, no podía perder, esta ocasión y no la perdió;

confabulado con Plaza, desde su llegada de Europa, y habiéndolo impuesto al nuevo Gobierno, como la espada, necesaria á la situación, era el pensamiento de Plaza, en el Poder, y pensaba hacerlo el instrumento cobarde de su próxima elevación;

por eso, los dos, forjaron esa comedia vil,

de la cual, las indiadas de Quito, hicieron luego, una tragedia, horrible;

la teoría de Tobar, puesta al servicio de la ambición de Plaza, triunfó, y la Capitulación de Guayaquil, fué desconocida por el Gobierno, sin que el general en Jefe, que la había, firmado, rompiera su espada, ó la desnudara, para defender su honor, hecho polvo, por el Gobierno al cual servía;

pero, él, sabía bien, que ese Gobierno, sería un instrumento pasivo suyo y que era, para engrandecerlo, que se violaba ese Tratado;

esa violación, ponía, sus enemigos desarmados, entre sus manos;

él, se encargaría, de eliminarlos;

el asesinato, le abriría, el camino de la victoria;

y, fingiendo ser el instrumento, se hizo el alma del complot.

XXIII

Eloy Alfaro, y los demás Generales, protegidos por la fe de un Tratado, fueron reducidos á prisión, en el momento, mismo, que se aprestaban á partir;

y, la orgía de sangre comenzó;

el General Montero, firmante del Tratado inició la serie de las víctimas;

arrastrado, ante un Consejo de Guerra, formado de asesinos, ya aleccionados por Plaza, se oyó condenar á diez y seis años de presidio, entre los gritos, los insultos, las vociferaciones, de los soldados que debían protegerlo, y de las chusmas, venidas de Quito, entre las cuales, las hienas del «Marañón»,

disfrazadas de hombres, llenaban con sus aullidos, el recinto estremecido;

Montero, yacía allí, anonadado, vencido, bajo el peso de una sentencia inícua, dictada contra él, por aquellos mismos, que le habían hecho, entregar su espada, bajo, la fe, de una Capitulación;

durante, ese largo proceso de horas, el Jefe Supremo, había sido sometido, á las peores humillaciones, por las turbas ascosas, que lo rodeaban;

se le había insultado, se le había abofeteado, se le había tirado de los cabellos y de los bigotes, se le había escupido en el rostro, sin que uno sólo, de los sicarios que le hacían escolta, hubiese tendido, su pica ensangrentada, para defenderlo;

he ahí, que un oficial del «Marañón», de ese serrallo de fieras, tan tristemente célebre, avanza hacia el vencido;

tal vez, va á salvarlo;

tal vez, va á librarlo de los insultos de la plebe;

tal vez, va á enjugar, el sudor, y la sangre, de aquel rostro ultrajado;

tal vez, va á imponer respeto á sus soldados; el respeto que se debe á los vencidos;

el Oficial avanza;

desnuda su revólver;

y, apunta;...

¿hacia quién?

¿hacia, la chusma, profanadora, para hacerla retroceder?

no; avanza recto, hacia Montero, hacia el vencido, y poniéndole el calibre de su revólver en las sienes, dispara;

y, Montero, cae;

y cae, muerto por aquellos mismos encargado de protegerlo;

el resto, de los soldados del «Marañón», y los de la Artillería, disfrazados de paisanos, y las turbas clericales, venidas, de ex-

profeso de Quito, principian, la espantosa escena;

¿no, eran, esos pretorianos traidores, los mismos del Once de Agosto?

¿quién puede decir, el espacio que separa, un traidor de un asesino?

¿no son ambas, las dos formas, más odiosas de la cobardia?

el cadáver del Jefe Supremo, no inspiró, á las turbas regresivas, el respeto, que á todo ser civilizado, inspira, un muerto; ese respeto, que nos hace inclinar, en silenciosa reverencia de adiós, ante aquellos que parten para siempre;

caído Montero, el resto de los pretorianos, se encargó de ultimarlo, á culatazos, á silletazos, á puntapiés;

¿dónde, están los jueces, para protegerlos? actuan de verdugos;

y, ¿el General en Jefe?

¿dónde está, el General en Jefe, que venga

á proteger, el prisionero, cuya libertad, garantizó, en una capitulación?

¿dónde?

se ha alejado, después de la Sentencia, para dar instrucciones y enviar al Oficial asesino, y para dar lugar á sus soldados, á cumplir la segunda parte, de esa sentencia, aquélla, que el Consejo de Guerra, no tuvo el valor de dictar, y que Plaza dió como consigna á sus soldados: la muerte de Montero;

Montero, había dicho, «si Plaza quiere ser candidato, yo quemaré contra él, hasta el último cartucho»;

el último cartucho, acababa de metérselo Plaza, en el cerebro, por mano de uno de sus sicarios enviado *por él, especialmente para eso;*

así, como no había habido protección para el vencido; no la hubo para el muerto;

su cadáver, fué arrojado por un balcón, á la calle, donde la soldadesca ébria, que era

toda la multitud, lo recibe con nuevos ultrajes;

allí, es desnudado, pillado, descuartizado, profanado; se le arrancan los anillos, con los dedos; se le corta la cabeza, los brazos, los testículos;

un soldado, hace entrega, de estos últimos, á Plaza, que los manda á colocar entre alcohol, colérico de ese homenaje, por el cual, la Venganza, coloca entre sus manos, aquello que la Naturaleza, le ha negado;

su cuñado, el Mayor Lazo, lleva, la cabeza de Montero, como trofeo, y la hace embalsamar para remitirla á Quito;

los brazos, fueron llevados, por la multitud, como un botín de guerra;

al fin, los caníbales ébrios, atan una cuerda al cadáver, y lo arrastran, hasta una plaza cercana, para incinerarlo;

¿quién trae, el petróleo, para poner fuego,

á las maderas hacinadas, que han de formar la hoguera?

el propio cuñado, del General Plaza, el Mayor, Juan Manuel Lazo, aquel lobatón del crimen, que había paseado en triunfo, la cabeza de Montero;

frente á la muerte, de su adversario, terrible y valeroso, Leonidas Plaza, vé abierto, apenas una trocha, en el camino de la victoria, y resuelve abrírselo todo;

ya, puede decir: «yo soy el Crimen»;

pero, aún, no puede decir: «yo soy el Poder»;

y, esa es toda, su aspiración.

XXIV

Asesinado Montero, libre ya de ese rival terrible, Plaza se vuelve, hacia sus otros enemigos, para devorarlos;

pocas horas antes, y ya violando el tratado, que le había entregado la plaza de Guayaquil, había hecho reducir á prisión, á Eloy Alfaro, á los Generales, Flavio Alfaro, Ulpiano Páez, y Manuel Serrano, y al periodista, Luciano Coral, redactor de «El Tiempo», terrible y pertinaz adversario, de su personalidad cancerosa y ambígua;

toda la prensa liberal, iba á ser castigada, en ese diarista batallador, que no había, querido venderse, á las caricias pérfidas, de aquella Semíramis, en orgasmo;

Medardo Alfaro, refugiado ya, en un buque extranjero, presto á partir, fué extraído de allí, por orden de Plaza, cumplimentada, por su cuñado Lazo, de tan triste recordación;

así, reduciéndolos á prisión, en momentos de partir;

así, extrayéndolos, de los buques extranjeros, prontos á zarpar;

así, cumplía Leonidas Plaza, su palabra de honor, comprometida, en una Capitulación;

así, protegía la Vida, de aquellos, que iba á mandar á la Muerte;

así, cumplía su promesa de romper su espada...

así...

hundiéndosela á los vencidos, por la espalda;

aquella noche lúgubre, aquella noche fúnebre, á las dos de la mañana, los generales, traidoramente presos, son llevados, al Mue-

lle Fiscal, y embarcados en el vapor «Colón»;

les hacen escolta, los asesinos del «Marañón», ébrios y feroces, que los llenan de burlas, de improperios y de ultrajes;

manda, esa banda de lobos, Alejandro Sierra;

y, aquí, hace su entrada, en la Tragedia, este indio, fétido, y cacotimio, mitad asno, mitad cerdo, parado sobre, sus dos patas traseras, sudoroso de ferocidad;

Plaza, le da, sus últimas órdenes;

«llevarlos á Quito, cueste lo que cueste»;

«no, detenerse, no volver atrás; aunque el Gobierno, se lo, ordene»;

entregar los prisioneros al pueblo, y QUE ÉL HAGA JUSTICIA;

esas son las últimas palabras, de Plaza, á Sierra;

la Sentencia de Muerte de los prisioneros;

el buque, apaga sus luces, y parte...

parte, en la noche densa, en cuya profundidad azul, se presagia, tristemente, la gran rosa del alba;

todo duerme en la ciudad vencida, donde ha callado el aullido, de las fieras, y sólo se oye, el clamor quejumbroso del mar, sobre el cual van los héroes á la muerte;

pronto están, en el ferrocarril;

en el ferrocarril, construído por el esfuerzo de Alfaro;

en ese, ferrocarril, que es obra de Alfaro;

y, en el cual, se embarca ahora, á Alfaro prisionero...

la noche huye, la noche vuela, y Guayaquil, se despierta atónito, sabiendo la partida de los héroes al sacrificio, sin haber oído, el último adiós, de ese grupo homérida, al cual sólo, podrá ya, separar la Muerte;

y, el tren, rueda, rueda, rueda, sobre la gran Tierra, que duerme;

y, las selvas, saludan con un canto de pájaros, á aquel que llevó el progreso, á sus entrañas estériles;

saludan al Vencedor de sus tinieblas, hoy vencido, y encadenado á otras tinieblas mayores;

las fieras, del «Marañón», continúan en insultar, sus prisioneros, mientras, las indiadas del camino, contemplan estupefactas, el paso de aquél, que con su grito de guerra, las despertó de su marasmo en que dormían, y las llamó á la vida del Progreso, del fondo, de la esclavitud en que yacían;

las últimas constelaciones, nocturnas, que lo habían escoltado en silencio, le dieron su adiós, en un casto beso de luz;

y, el sol levante, saludó al nuevo Cristo, camino de su Calvario;

y, el triste convoy, avanza, hacia las cimas astrales de la Muerte, seguro de su trágico destino;

en tanto, la pantomima telegráfica, ha espantado la noche con su cinismo;

«traed, los presos»;

«detened, los presos»;

«avanzad»;

«retroceded»;

telegramas de Plaza, al Arzobispo;

telegramas, del Arzobispo, á Plaza;

saludo de buitres en acecho; ruín farsa de caníbales místicos;

Freile, quiere sangre;

Tobar, quiere sangre;

la quiere Octavio Díaz;

la quiere Navarro;

la necesita Plaza;

la implora el Arzobispo González;

la piden, los dominicos, de Quito;

la predica, el cura de Santa Bárbara;

las fieras, quieren sangre;

es necesario, sangre, mucha sangre;

Plaza, que ha hecho, la comedia de resistir, hace ahora, la comedia de implorar;

resistencia de hembra, estipendiada;

imploración, de un verdugo, cómico;

¿por qué la Naturaleza falaz, no puso un hombre, bajo esas charreteras?

ese ser obscuro y felón, que días después, había de desconocer el Gobierno de Freile, y de arrojarlo á puntapiés, del solio presidencial, cuando ya, no convenía á sus ambiciones;

ese...

se declara, prisionero de la obediencia, á ese Gobierno de asesinos, que no son en el fondo, sino los instrumentos ciegos y tenebrosos de su venganza, de matarife;

el miedo, asalta, por momentos á Freile, abriendo un paréntesis, en su crueldad;

pero, ensayando, retroceder, se siente por todas partes prisionero de su debilidad;

esa misma, mañana, se ha confesado, y ha prometido á su confesor, la cabeza de Eloy Alfaro;

deuda, sagrada;

el Idiota tiembla;

vacila...

pero... ¿no está allí, Carlos R. Tobar, para alentarlo, para consolarlo, para empujarlo más adentro del Crimen?

él, le dice, el terrible dilema, de Lerdo á Juárez: «ahora, ó nunca»

¡ah! pobre léxico humano, cómo sirve lo mismo, para hacer sacrificar, á aquel, que ha matado una República, y aquél, que la ha fundado.

XXV

ENTRETANTO, los presos, llegan á las goteras de la Capital;

ellos, que debían, entrar en la mañana ¿por qué no entran, sino á medio día?;

porque las indiadas católicas, no han llegado aún, de los campos vecinos; los curas, no las han enardecido aún, bastante, con sus sermones del domingo, y el alcohol, no ha hecho aún el efecto, de enfurecer la grey, al grado que lo desean sus pastores;

y, los presos, entran en Quito, á plena luz meridiana, ese domingo radioso, en que las muchedumbres huelgan, preparadas para el

evento, y la Iglesia Ecuatoriana, se prepara para una de sus más grandes fiestas;

García Moreno, va á ser vengado por ella;

¿en quién?

en aquel, que no conoció nunca, la venganza; en aquel, que no tuvo otro gesto, que el de perdonar á los vencidos;

el elemento ambiente, es de ferocidad y de asesinato;

la plebe adoctrinada, por la prensa oficial, y por los curas, espera la llegada, de los *masones*, de los *herejes*, para ultimarlos;

un huracán de odio, ciega, á aquellos cuerpos, sin almas;

en ese ambiente de bestialidad imperante, llegan los presos, á la estación;

los ponen, sobre unos automóviles descubiertos;

un silencio, siniestro, precede á esta llegada;

después, el tumulto estalla, con sonidos de trueno;

de la estación, al Panóptico, las tropas, protejen los prisioneros;

las turbas, se conforman, con vociferar;

están, aún desarmadas;

no han recibido aún la orden;

podrían, ser disueltas, por un pelotón de hombres;

Alejandro Sierra, entrega, sus víctimas al carcelero, y dice en alta voz: «yo, he cumplido mi deber, del pueblo, no respondo», y, luego, volviéndose al pueblo, le dice: «cumplid vuestro deber»;

y, diciendo esto, el indio, taimado, vuelve á mirar al pueblo y, le indica las puertas de la Cárcel;

y, la chusma; lo comprende, y obedece entonces la consigna;

suenan, los primeros tiros, y Carlos R. Tobar, dice en la casa de Gobierno, con su voz

silbante de serpiente: «ese viejo loco de Alfaro, es capaz de creer, que esas salvas, son en su honor, y no sabe *la que le espera»;*

y, se frotaba las manos; esas manos seniles, que se hacían rojas, buscando en la sangre, el bastón presidencial;

manos, inícuas, torpes manos, que no habían de encontrar, en las hogueras del Egido, sino el bordón del peregrino, cuando saliera perseguido, por aquel que fué, el Usufructuario de su Crimen;

desgraciado momento, pavoroso momento, en que todas las llagas en putrefacción, se abrían en el corazón de las turbas clericales, prontas á cumplir la sentencia de muerte, dictada contra los jefes liberales, por el Arzobispo de Quito, en una reciente Circular Política;

la palabra Piedad, ¿qué sentido tiene, en el léxico de aquel historiógrafo, amodorrado y pueril, que encanta y deleita, el alma cán-

dida y feroz, de sus mesnadas sumisas?;

¿qué hace, sobre aquel corazón, sin ternuras, la cruz pectoral, con los brazos abiertos, para todas las misericordias?;

Federico González, sabe, que la orgía de sangre, va á comenzar, porque él, la ha profetizado, y la ha ordenado;

y, Federico González, se encierra en su mansión episcopal;

ya, saldrá Federico González, cuando sepa, que ni uno sólo, de los jefes liberales vive, y que Alfaro, el GRAN ALFARO, que fué, la pesadilla de su vida, ha muerto;

perverso mercader, de oraciones, y de anatemas, con el alma gozosa, y la conciencia pútrida, escuchaba los gritos de la plebe enfurecida, lleno de un placer neroneano, de una gran voluptuosidad, que agitaba su alma feroz, desnuda de toda virtud; cenobita miserable de todas, las concupiscencias;

en ese tropel, de buitres, que á las faldas de el Pichincha, devoraron las entrañas, del Prometeo Vencido, las alas violáceas, y el pico voraz, de este buitre, escapado del Santuario, hace más densa sombra, que la de todos los otros, brotados de las entrañas árdidas del volcán;

una palabra del pastor, una sola, y el rebaño enfurecido habría quedado quieto, como por encanto;

una señal del báculo, y la grey habría enmudecido, habría retrocedido... sumisa, apaciguada... tal vez piadosa;

este gerifalte rojo, que oficia de historiador, debía saber algo, de la sicología, de las multitudes;

¿lo sabía?

sí;

por, eso no salió, en el momento en que podía *evitar* el crimen;

salió su cuadrilla de monagos, cuando ya, no le quedaba sino *lamentar* el crimen;

¡cobarde hipocresía, que no sirve, sino para deshonrar aún más, su gesto de verdugo!

¡sombra, del Arzobispo de París, muerto, contra un muro, ametrallado, extended, vuestra pálida mano, luciente, como una estrella de amor, hacia, este asesino, violento, y violáceo, y enseñadle, el sendero recorrido por vuestros pies, cuando pusisteis sobre vuestros hombros de mártir, la cruz que llevabais, sobre vuestro pecho de Apóstol, el sendero augusto, de la Misericordia, de la Fraternidad, de la Piedad, ese sendero, que el bárbaro, mitrado quiteño, no ha recorrido nunca, y no recorrerá jamás!

apartemos con disgusto los ojos, de este Paladín de conmociones, que olfatea, la sangre, sobre las lozas del Templo, y, vuelve, la espalda, al Cristo, en la hora del Perdón;

dejemos, al Fauno Episcopal, mirando los retozos de su plebe, detrás de los cristales de sus ventanas;

la Historia, escribirá un día, sobre él, deshonrándolo, como él, ha deshonrado ya la Historia, escribiéndola.

XXVI

La tragedia, nos llama;

ya, la marea zarrapastrosa, se dirige, contra el Panóptico;

los soldados, hacen, el simulacro de resistir;

se oyen, pocos tiros;

las puertas, de la prisión, se abren;

los pretorianos, se fingen vencidos;

¿por quién?

ya, lo estaban, por el oro clerical, y la orden de sus amos;

son, los mismos, pretorianos indígenas, del Once de Agosto;

esa turba armada, se une á la que viene de afuera, y principia la matanza;

el ojo avizor, de las fieras, como guiado, por un resplandor de Gloria, que saliese á través, de la puerta cerrada, se dirige hacia la celda, de Eloy Alfaro;

husmean, al Héroe, cual, si fuesen, á cazar, al león vencido, por entre el bosque, de laureles, que ha sido su Vida;

entran, en la celda los galgos de Caín, que no fueron nunca, los lebreles de Belona;

aullan, cerca á la presa deseada; remolinean, miedosos, y feroces;

el, Gran Anciano, surge ante ellos, erecto, en toda su talla, como si el Sol de la Inmortalidad, lo iluminase ya, en aquel trágico, momento, en que va á arrebatarlo, de la tierra, envuelto en el cendal, de sus rayos luminosos;

los brazos, cruzados, sobre el pecho, mira los asesinos, con aquella mirada, terrible, que los había hecho temblar tantas veces, y los apostrofa, con aquella voz, hecha á marcar

en la batalla, los derroteros de la Victoria;

—¿qué queréis?, les dice;

—mataros, viejo Eloy, le responde un soldado del «Marañón», y apunta su rifle contra él;

—cobardes, dice el Héroe;

el traidor, dispara;

y el viejo Libertador, cae, fracasado el cráneo, por una bala;

el corazón de América, se rompió, en pedazos;

el único Héroe, auténtico, yace en tierra;

la más alta personalidad, bélica, y política, de un Mundo, acaba de caer, asesinada, por la plebe enfurecida;

lo ultrajan, lo escupen, lo desnudan, le atan una cuerda á los pies, y lo sacan á la calle;

el Exodo de la Muerte, principia, en ese horizonte de pavor;

la hora, es de las fieras;

Medardo Alfaro, y Manuel Serrano, son ultimados luego;

una mujer, chupa, la sangre, que se escapa, de las heridas, de Serrano, y limpia, con la lengua, la hoja de la daga, que lo asesinó;

Ulpiano Páez, se defiende, y cae, al fin;

á Luciano, Coral, le arrancan la lengua, estando vivo, y sus rugidos de dolor, llenan el recinto de la prisión;

Flavio Alfaro, es el último;

lidia él sólo, un combate, contra las turbas;

se defiende, como un tigre, en un jaral;

y, sucumbe al fin, teniendo delante de él, tres asesinos, muertos por sus manos;

la turba, en orgasmo, no es ya, una turba, es algo, inorgánico, enloquecido, monstruoso, que está fuera de los límites de la humanidad;

sacan, los cadáveres, los desnudan, los roban, les atan cuerdas á los pies, y los sacan á la calle;

y, la lúgubre, procesión comienza;

el cadáver de Eloy Alfaro, va el primero;

la cabeza, venerable, fulge aún, con el sol, bajo el oriflama, de su cabellera blanca;

pocos, pasos más, y la cabeza es cortada en pedazos;

le arrancan los labios;

un bárbaro, le tritura, las mandíbulas;

un niño, enarbola en una pica, un pedazo de la quijada, que muestra aún, un resto, de la barba blanca, inmaculada;

un fraile disfrazado, le corta los testículos;

le arrancan, el corazón, y se disputan, sus pedazos;

le vacían, las entrañas, y se las reparten entre sí;

¿los brazos?

¿dónde, están, los brazos?

las fieras, los llevan como trofeos;

y, el cadáver, rueda, rueda, rueda, arrastrado, sobre las piedras;

he ahí, una meretríz que avanza;

—alto, dice;

y, la comitiva hace alto;

la meretríz, alza la falda inmunda, y se desaltera en lo que queda del cuerpo del Héroe;

otra, desde un balcón, le premia la hazaña, regalándole una bandera;

las calceteras de París, guardaron, más pudor, en su crueldad;

¡mueran los masones!

¡viva la religión!

¡mueran los herejes!

¡viva el Sagrado Corazón de Jesús!

tales, eran los gritos de la plebe, en el silencio, angustiado, de los cielos, y de la tierra;

las beatas, salen al trayecto, con sendas

copas de licor, para la plebe; son damas, de buen tono;

hombres, de alta, sociedad, salen á repartir dinero á los asesinos;

la turba vocifera, hasta enronquecer;

un niño de diez y seis años, viola los cadáveres, y los poluciona, entre las carcajadas de la plebe católica, atacada de lascivia;

así, llegan, los cadáveres, al Egido;

¿qué queda del cuerpo de Eloy Alfaro?

el tronco, sin entrañas;

los, otros cadáveres, igualmente mutilados, y ultrajados, llegan también;

se hace una pira, y se les arroja en ella;

la *doctrina Tobar*, triunfa;

en torno de esa pira, las fieras ébrias, danzan, rien, bromean, acariciándose con los restos, antes de lanzarlos á la hoguera;

catorce, horas, dura esta orgía, y nadie viene, á oponerse á ella;

¿no hay Gobierno, en Quito?;

sí lo hay; pero, es el Gobierno, quien ha ordenado, ese asesinato;

¿no hay soldados en Quito?

los hay, por millares, pero, son otros tantos millares, de asesinos, paniaguados;

lo que no hay, en Quito, á esa hora es, hombres;

no hay, sino fieras.

XXVII

Cae la Noche...

la lluvia, apaga las hogueras; y los cuerpos quedan á medio calcinar;

manos piadosas, los recojen, para darles, piadosa sepultura;

¿qué queda, de Eloy Alfaro?

un tronco, á medio arder, recogido de aquella hoguera, sobre cuyo emplazamiento, mañana la Libertad, le alzará, una estatua;

la virtud, misteriosa, que se escapa de la tumba, de aquel gran Poeta de la Espada, basta para despertar, todas las potencias dormidas, en el corazón inerme de la raza;

hay, en ella, tal fuerza de encantamiento, tal sugestión galvanizadora, y profunda, que el hipnotismo de la Gloria, posee los corazones, con sólo mirar hacia esa tumba, de donde brota un coro, de sonoridades bélicas, en la reducción dolorosa, de esas soledades perfumadas de un aliento de Inmortalidad;

contener, y revelar la Gloria, he ahí, la misión del Héroe, cuando es puro; y esa revelación, se escapa de su tumba, cuando ha sido libertado ya, de este vaho, de miserias, que es la Vida;

la quintesencia, de la Libertad, reside en ese puñado de cenizas, que manos piadosas recogieron, de las hogueras del Egido;

todo el hálito, de la tempestad, que fué, esa Vida, duerme en el sudario de ese muerto;

y, se escapa de él, con fuerza bastante, para convulsionar un Mundo;

los grandes nombres, sobreviven á los grandes pueblos, y, ellos, llenan con su sonoridad, los ámbitos de la Historia;

el nombre, de Eloy Alfaro, es uno de éstos;

nada es tan bello, como la Gloria, sino la Virtud;

cuando, una vida, las reune en sí, la grandeza de un ser, ha llegado á su plenitud;

de esos seres, hay raros en la Historia;

á Alfaro, le cupo, la ventura, de ser uno de ellos;

ese, soplo de Gloria, y de Virtud, se escapa de sus huesos calcinados;

¡ grandia, ossa !

las llamas, que se escaparon, de esa pira, no están extintas; ellas, servirán para iluminar, la marcha de un pueblo en la Noche;

dos manos, heridas, se escapan de esa tumba; la una, sostiene una bandera; la bandera

de la Libertad; la otra, marca con su sangre, el rostro de sus asesinos;

el porvenir, los reconocerá, por la marca que hizo en sus frentes, el brazo, escapado de esa tumba, donde, duermen reunidas, el corazón de Leonidas, y el alma de Pericles;

magna ossas;

las figuras circunstantes de ese martirio, fueron grandes, pero ninguna igualó, ni superó, la de Eloy Alfaro;

la soberana, potencia, de ese nombre, basta para apagar en torno suyo, el rumor de todos los otros;

el Héroe, victorioso de la Muerte, á causa de la Muerte misma, vencedor en el seno de ella, volatizado en cenizas, bajo el fuego versicolor, se hizo coloso, silenciosamente, fuera de todo clamor de tempestad;

él, que lo había, vencido todo, venció también la Muerte, alzándose del fondo de ella, más vivo, más luminoso, más transcendental,

transfigurado ya, y fundido, en los lineamientos, de la Inmortalidad;

¿qué fuego, extinguirá ese nombre?

no, lo hay bastante en las entrañas de la tierra;

fuera de la apoteosis, irreverente, que le hicieron sus enemigos, no había otra muerte, ni otra escena, digna por su trágica grandeza, para la desaparición definitiva del Héroe;

el águila, que confundió con la roca, la cabeza de Esquilo, no hizo más honor al Genio, soltando sobre ella la tortuga prisionera, para matarlo, que el que los asesinos de Quito, hicieron al Heroico Soñador, dándole, una muerte digna de sus sueños, un desaparecimiento heroico, capaz, de convertirlo en Mito, un cuadro de horror, llena de la inaudita potencia, necesaria para hacer aparecer al Destino, rompiendo entre las llamas, aquella espada terrible;

la gran cúpula, del cielo, ondeante y móvil es la única cúpula posible, á aquella tumba sin límites, llena del prestigio ultrapotente de un Thabor... de todos los thabores;

ningún Cristo, subió más alto, en la hora, de su Transfiguración;

en esa hora divina, en que el Hombre, se hace Dios.

XXVIII

El Poema, vivido, está cantado;

el canto, de la Vida y de la Muerte, de un Poeta de la Acción, expiró allí, en la insolente apoteosis, que un pueblo sin grandeza, tributó al Héroe sin mancilla: incinerándolo;

la ceniza inmortal sube á los cielos, en un miraje fúlgido de Gloria;

sobre los horizontes triunfales, una divina floración, se extiende; floración estelar, donde todos los astros del porvenir, brillan para él, con ritmos lentos de incensarios, encargados de perfumar su tumba;

y, el Infinito de la Historia, se enguirnal-

da, con los follajes de las supremas revanchas;

el Héroe, aparece, desproporcionado de grandeza, al lado de sus verdugos, y sorprende, ver surgir tan tristemente, las larvas, en el fondo del Poema;

tan alto, está el Héroe, que espanta, la pequeñez de sus verdugos, en derredor, de sus cenizas blancas;

la espesa capa, de calumnias y de mentiras, que envolvía la Vida del Héroe, se ha desvanecido, en un crepúsculo de oro, que despliega, como un velo sútil, sobre su tumba, la Musa de la Historia, con grandes gestos amables, y suaves manos de Amor;

la blasfemia tenaz, ha enmudecido, y el silbido de las serpientes foliculares, rebeldes contra esa gloria, desaparece en las ráfagas, de cólera, y, de desprecio, que la conciencia universal arroja, sobre el imperio vacilante del Asesino Triunfal;

Plaza reina, pero, Plaza tiembla;

la angustia del Pasado, le hace rechinar los dientes, en el paroxismo del Terror, porque mirando al Porvenir, sabe, que el eclipse de la justicia es momentáneo, y que éste acreedor implacable, se acerca, se acerca, cautamente, lentamente, pero inexorablemente, y va á estrangularlo, con el cabo de zoga, que queda pendiente del árbol desnudo en que expiró Judas;

su Crimen, es su Déspota; y éste Tirano inferior, tiembla ante el Tirano interior, que le devora el corazón;

el Miedo inasible, lo tortura y lo extenúa;

porque él, sabe, que, su *Crimen, lo matará;*

la hora fatal, escrita en los pactos del Destino, llegará;

la hora, que hará temblar á los detractores de la Justicia, que creen, que su Imperio ha pasado, porque ellos osaron insultarla;

Plaza, tiembla, ébrio de su sueño interior, y en las músicas del viento, cree, oir los grandes alaridos, de sus víctimas;

y, las sútiles magias, del Recuerdo, le reviven constantemente, los espectáculos, que él, quisiera verse evaporar de su memoria;

él, ve flotar en lontananza, el gesto vengador;

él, lo vé;

y, tiembla... porque sabe, lo que tiene derecho á esperar, de ese mundo, sin pudor, que lo rodea, y del cual, él, fué el supremo artífice;

la clorosis íntima de su pensamiento, no es tanta que le oculte la visión del futuro, que se extiende ante sus ojos, con vagas palideces de sudario;

aislado en medio de su Crimen, él, siente engrandecerse el vacío, en torno suyo;

es, una hiena, perdida en una estepa;

los liberales, lo rechazan, porque sus manos

tintas en sangre liberal, manchan el estandarte glorioso, que pretendió, incinerar, en el Egido, con el cadáver de Eloy Alfaro;

los conservadores, no tienen fe, en él, á pesar del sello de sangre, que puso al pacto de esclavitud que lo liga á ellos;

está rodeado, de un ejército de traidores, y de un mundo de asesinos;

caerá, por ellos, y bajo ellos;

caerá, como Cómodo, por la imprudencia de algún liberto, ó la ingratitud, del favorito más amado;

los gloriosos fantasmas del Egido, no se volatilizan; antes bien, se condensan, y toman formas casi visibles, en el espanto y la tristeza de los lugares, que presenciaron la dispersión, de sus cenizas;

y, el pavoroso, acéfalo, los ve crecer, y tiembla ante ellos;

él, sabe, que tiene, cómplices, y vé, que no tiene amigos;

y, mira engrandecerse en torno suyo, el monstruoso sacerdocio, del puñal, que él, estableció é hizo sagrado;

tantas cabezas cortadas, se le enredan á los pies, y piensa sin duda, en la hora, en que caerá la suya;

¿en cuál pica, será alzada, en las manos, de uno de esos traidores, lívidos, que lo rodean?

tantos miembros dispersos, tantas entrañas vaciadas, tantos troncos mutilados, le dan el espanto trágico, de aquello que clama, y no se oye, en las soledades mudas del horror;

y, piensa, en que igual destino, le está reservado, á su cuerpo miserable, el día en que, un Alejandro Sierra, un Francisco Navarro, o cualquiera otro pretoriano, analfabeto y feroz, quiera suprimirlo para reinar, ofreciéndose su cabeza, como trofeo, en la punta de la espada;

la presencia invisible de los muertos, es terrible y tenaz, en torno al Asesino;

y Plaza, siente la obsesión de ellos;

los muertos, matan.

mala vecindad es la de los cadáveres insepultos;

ellos, envenenan la atmósfera, aún en la caricia volatilizada de los rosales, que les dan sombra;

nada arrancará, á este galeote coronado, de la tiranía terrible de los muertos;

ellos, cumplen su obra deletérea;

el Gran Culpable, palidece, bajo el Solio;

el sillón de ese Solio, es un banquillo;

sentado en el, el lúgubre Asesino, sabe, que no es, el Primer Magistrado de un Pueblo, sino, el Primer Acusado de un Mundo;

tiembla el Asesino miserable; tiembla la sombra fugitiva y, coronada;

esa sombra, no alcanza á reinar, pero, esa sombra, alcanza á deshonrar á un pueblo;

. . .

mientras ese pueblo, no se liberte, de esa sombra, ese pueblo deshonra á un Mundo;

y, ese Mundo, tiene derecho, á premunirse, contra el contagio, de podredumbre y corrupción que le viene de ese pueblo;

¿cómo?

aislando á ese Tirano, úlcera, que reina, sobre ese pueblo convertido en lepra;

ayudando, á los héroes, del renacimiento de ese pueblo, que ya se han alzado contra el Tirano, contribuyendo con ellos, á libertarlo, de esa pústula coronada, que le comunica su infección;

mientras Plaza, sea Presidente del Ecuador, el Ecuador, está fuera de la Civilización, y aún más allá, fuera de la Humanidad;

Plaza, es un muro de oprobio, que segrega á un pueblo, del resto, de los pueblos cultos;

el Ecuador, tiene el deber de probar, que

es la víctima, y no el cómplice de ese hombre;

¿cómo?

suprimiendo, á ese hombre del Poder, ya que suprimirlo de la Vida, sería, deshonrar la Muerte;

yo, deseo, que Plaza viva;

que se le condene, á vivir;

que arrastre su vida como un grillete, en la soledad, ya que por la grandeza de su crimen, no entrará jamás en el olvido;

y, Plaza, vivirá;

las indiadas cobardes de Quito, no tienen valor para asesinar, á un hombre de pie;

ellas, no saben, sino devorar ancianos desválidos, prisioneros inermes, héroes amanetados y gloriosos;

¡hienas pávidas, que no saben devorar, sino cadáveres!...;

yo, me felicito, de la cobardía de esas

mesnadas, porque ella, condena á Plaza, á la afrenta de vivir, aunque eso deshonre, la vida misma;

lo que es necesario que desaparezca, no es el hombre, que es insignificante, sino el poder de ese hombre, que es infamante;

ese Poder, es el oprobio de un pueblo, que formó un día, en el rol, de las naciones cultas, y que no volverá á él sino el día que elimine, ese hombre de el Poder;

y, ese Poder caerá;

apoyado sobre el puñal de los asesinos, y sobre la espada de los traidores, se derrumbará, cuando el rostro del Pueblo Vengador, asome en el horizonte, alargando su gesto de Victoria, hasta los cielos sonoros, privados á esa hora de toda mansedumbre;

Plaza, que nació, para hacer despreciable todo, hasta la espada, que otros hicieron gloriosa en la epopeya, ó siquiera terrible en la batalla, no sabrá qué hacer de la suya,

tinta hasta la empuñadura, en sangre liberal, y caerá sobre ella, sin ensayar el gesto, de esgrimirla;

la talla de este Aquiles de la Cobardía, no es para hacer una ilusión durable, sobre las multitudes, aunque esas multitudes sean, las indiadas antropófagas de Quito; los barberos, los cocheros, los seminaristas vesánicos, y los curas disfrazados, que arrastraron, el cadáver del nuevo Héctor, sobre los suelos de una Troya clerical, que el rayo despreció bastante, para no reducir á cenizas;

Plaza, huirá;

ese hombre, que ha recorrido todos los senderos del Crimen, será incapaz de recorrer los del Honor, á la hora del peligro;

él, que ha hecho, del campamento, una galera de Cleopatra, del Capitolio, la antecámara de Adriano, y del Solio, el lecho de Narciso, ese *hombre* que conquistó sus charreteras, desafiando todas las bajezas, sin

haber osado nunca, desafiar la Muerte, huirá despavorido;

la hiena, tomará de nuevo, su talla de liebre fugitiva;

y, el horroroso chacal, volverá á ser de nuevo, el gato castrado y doméstico, que todos vieron roznar, á los pies de Alfaro, acariciado, por su mano, pródiga y piadosa;

la fuerza, que maneja la espada, falta al brazo de Plaza; no tiene, sino aquella que maneja el puñal;

eunuco avezado, y cauteloso, no sabe vencer, sino, asesinar;

ignora los secretos de la Victoria, y no sabe sino los del Crimen;

es, el Alejandro de la hoguera;

¿su batalla campal?

¡la pira, de Montero!

el puñal que sirve para suprimir los hombres, no sirve para dominar los pueblos;

se quema un hombre, no se quema un pueblo;

dejad al Asesino, victorioso, soñar con la Omnipotencia, en medio del bazar de esbirros, que forman su Gobierno;

dejadlo, soñar, con la Eternidad, puesto de pie, sobre el cadáver de su benefactor;

el Rayo, lo despertará;

¿no sentís, en la sombra, cómo, avanza el Rayo?

de él, será la última palabra;

última, ratio dei.

FIN



INDICE


LVX
LIBERTAS

